

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

PROSAS DE LLANTO

EDICIONES DEL ATENEO DE BOCONÓ



PROSAS DE LLANTO

las instituciones culturales
trujillanas al gran es-
critor Luis Beltrán Gue-
rero.

Malandrino

Secretario de Cultura
Institución
Benquerida

BIBLIOTECA NACIONAL

Quito, 1971

Instituciones patrocinantes:

ATENEO DE BOCONÓ

ATENEO DE VALERA

ATENEO DE TRUJILLO

INSTITUCIÓN CUATRICENTENARIA ESCUQUEÑA

CENTRO DE HISTORIA DEL ESTADO TRUJILLO

B84955
e. 2

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

PROSAS DE LLANTO

EDICIONES DEL ATENEO DE BOCONÓ

BOCONÓ / ESTADO TRUJILLO

VENEZUELA / 1969



MARIO BRICEÑO-IRAGORRY,
ESCRITOR-MAESTRO

CUARENTA AÑOS largos —una vida— sirvió Mario Briceño-Iragorry a la cultura nacional y al civismo, con el trabajo de su bien cortada pluma.

Hombre de mucho pensar y de muy fino espíritu, su obra de escritor estaba llamada a ocupar puesto propio y sobresaliente, por ser fruto sazonado de su personalidad intelectual, de su acendrada dedicación y de aquella conciencia suya, siempre tan alerta a su deber de ciudadano, que jamás descuidó. Porque eso fue siempre para él su carrera de escritor: no pasatiempo, ni honesta vanidad, sino deber impostergable y muy serio; y tanto más irrenunciable cuanto las circunstancias, o el momento, por adverso que fuera, sintiese él que reclamaban su presencia.

Desde sus primeras páginas, todavía en años de juventud, pero ya de precoz madurez lo que escribe es de tal contenido, y de tan logra-

da expresión, que más que promesa de un futuro escritor, aquellas páginas fueron credencial para de una vez incorporarse, a la par con todos, a las lides culturales y literarias del país.

Y en lapso de pocos años, luego de la publicación de los afinados libros Horas (1921) y Ventanas en la noche (1925), su nombre entra rápida y firmemente a situarse en puesto de vanguardia, en el que, con holgura siempre en progreso, se mantendrá hasta su último día, cuando aún apretaba entre sus dedos aquella garbosa pluma, que hasta en lo elegante de su rasgueo era digna del mejor calígrafo.

Briceño-Iragorry escribió siempre en prosa. No le conocí nunca otra actividad literaria. Y ¡qué buen prosista fue! En el cultivo de esa disciplina, fue gradualmente ciñéndose a un tipo de escritos, y a un estilo, que se ajustaban a su sicología y personalidad. Formado en el estudio del Derecho, no se quedó en la mera letra de códigos y leyes. Su inclinación era manifiesta hacia lo filosófico-social. La filosofía, como base necesaria de principios. Y éstos llevados al campo de lo social —en su más

amplia acepción— en el cual se desempeñaba su pluma a menudo y con predilección, en temas nobles y siempre actuales, que sabía tratar con seriedad, a la vez que con amenidad y elegancia.

Dentro de aquella tendencia, abordaba —sobre todo— temas de pensamiento general, pero concretamente, yendo siempre al grano. Ni rehuía lo menudo, lo corriente y episódico de la vida, antes lo tomaba muy en cuenta; pero eso que más que temas, eran casos, él los sabía elevar siempre al nivel de las consideraciones de pensamiento y enseñanza universales.

Es cierto que en el rico patrimonio escrito que nos legó, encontramos al prosista múltiple, con páginas de todo género: del oratorio, en excelentes discursos y eruditas conferencias; abundan los enjundiosos escritos y libros del género histórico; sus biografías de varones sobresalientes, son lectura selecta; ensayos sobre muy diversos asuntos: artículos periodísticos, en labor regular de columnista; páginas de autobiografía; una novela, y en fin un epistolario dilatado y denso, que el día que se compile,

acrecerá no poco el total de su generosa contribución a nuestras letras.

Empero, si examinamos bien tantos escritos, de tan diversos géneros literarios, hallaremos que en todos ellos nuestro escritor despliega un estilo y adopta un tono de prosa, que se le fue haciendo peculiar, espontáneo y constante, aun en las más disímiles páginas; es el tono propio de un expositor o intérprete que escribe o habla con indisimulable intención didascálica. Diríamos que es una forma como de monodialogo, con la que el autor quiere siempre comunicar, contagiar, una enseñanza.

Briceño-Iragorry sin pretenderlo, sin alardear de ello, es siempre en cuanto escribe, un auténtico maestro. No es filósofo ni sociólogo que expone un sistema, o desarrolla tesis meramente conceptuales. Sino propone y comenta concretamente las ideas y los hechos con una finalidad práctica educativa. Que esto sea cosa bastante clara en el caso de algunos ensayos, tales como Tapices de Historia Patria o El Caballo de Ledesma, no necesitaría probarse, dada la índole propia de los dichos escritos.

¿Pero qué otra cosa son sus magníficas biografías, como la de Casa León, la de Heredia, la de Peñalver, etc., sino tratados intuitivos, que van derechamente y ante todo a inculcar una enseñanza? ¿No parecen decírnoslo así hasta los mismos subtítulos, que expresa pero tal vez subconscientemente, puso el autor a esas obras? En la de Casa León, todo lleva como en movimiento centrípeto e inmisericorde, a poner de relieve la vil grandeza de quien juega, con su maldad, el triste papel de contraparte del heroísmo: el anti-héroe. Lección tremenda que quiere ser un alerta ante las trágicas desviaciones a que lleva un mal entendido, o un egoísta concepto del civismo.

En la biografía de Heredia, el subtítulo es más sugeridor aún, pero de signo muy diverso: la piedad heroica, frase que encierra —como en compendio— la emocionante lección de quien cumple con fidelidad su deber, hasta el sacrificio heroico, sin mancillar en un punto, no ya la fría justicia legal, pero ni siquiera los sagrados derechos de la dignidad del ser humano.

Parte importante de su asidua colaboración en diversos diarios, la compiló luego Briceño-Ira-

gorry en libros tan gratos como, por ejemplo, *Alegría de la tierra* y *El hijo de Agar*. ¿Y qué eran, en verdad, aquellos artículos, en su tono e intención, sino como el aparecer regular del maestro, que acodado a una sencilla mesa —mesa de papel que es el diario— dicta su clase en práctico y actual comentario sobre puntos de doctrina cívico-social o política, que es necesario inculcar y difundir?

Y los que tuvimos el agrado de intercambiar cartas con este maestro, ¿no recordamos bien que ese género epistolar era para él una ocasión más para conversarnos cordial pero seriamente, sobre ideas nobles y de interés colectivo? Ahí, en esas cartas, se hacía presente, desde la distancia, y consecuente consigo mismo, el maestro de siempre, de toda ocasión y escrito, dictando su enseñanza.

Toda la obra de su pluma, pues, fue de escritor-maestro. No importa el género en que por su contenido o por la particular forma externa pueda clasificarse: oratorio, histórico, periodístico, epistolar; porque todo ello en su esencia, en su finalidad íntima, y aun en el tono de su redacción, es manifiesta y comunicativa

prosa didáctica; mas, no ciertamente, de un didactismo rutinario de maestro otoñal, que simplemente repite conceptos porque sí, porque tal es su acostumbrado deber; sino de un maestro apóstol, que cada día y en cada página que daba a las prensas, reflejaba la misma ilusión y voluntad de quien cada vez anhela, y con igual empeño, hacer el bien, despertar una reflexión o un entusiasmo, o lanzar un destello cuando en rededor veía que para muchos reinaba gran oscuridad. Cómo recordamos, quienes fuimos niños hace muchos años, cuando todavía en callejuelas de nuestra parroquia, iluminadas con faroles de querosén, ya oscureciendo llegaba, escalera al hombro el farolero, y trepado a lo alto del poste encendía la mecha, y al hacerse la luz, el grupo de chiquillos espectadores exclamábamos alborozados, a una: ¡aah!, y el farolero, contento de habernos dado luz, desde lo alto con una gran sonrisa, parecía agradecernos la grata acogida que dábamos a su trabajo. Algo de esa sonrisa, o más, tenía la que el maestro Briceño-Iragorry nos regalaba, cuando luego de una de sus lecciones, de sus escritos, de su luz, nos oía a mu-

chos decirle: “¡aah!, Don Mario, qué bueno ese artículo de esta mañana”.

Y andando los años y el diario quehacer de su pluma, fue haciendo cada vez más el centro de su magisterio escrito los principios universales de la más sana política y sociología, hijas legítimas del Derecho natural. La libertad, la justicia, la paz y confraternidad en el amor cristiano, la honradez ciudadana, etc., eran temas muy caros a su gran espíritu, que tantas veces hubo de estremecerse al ver cómo tan sagrados principios eran atropellados en nuestros días. Bien podrían algunas personas apodarlo de idealista. Eso confirmaba su clara postura de maestro. Pues todos los verdaderos maestros que en el mundo han sido, debieron más de una vez escuchar ese mismo reproche de idealistas, que serenos aceptaban como la mejor loa.

Y la enseñanza de aquellos ideales, la hacía él no en vagas consideraciones de diletante, sino pisando tierra —como decimos—, en objetiva adecuación con la realidad, con los hechos y actitudes que avizoramente observaba en nuestro ambiente nacional, y en el del mundo. Por-

que él sentía la Patria en todo y en cada momento. La sentía tan suya como para sentirla por todos los demás, por todos sus hermanos venezolanos, y ayudarlos a que ellos la sintieran. No fue un patriotero oportunista que hiciera pirotecnia verbal con sus escritos. Ninguna frase suya podría jamás tomarse como muletilla para fines utilitarios o personalistas, solapados de civismo o de patriotismo.

Y una de las lecciones más celosamente inculcadas —costárale ello reticencias o desvíos de quienes pensaban de otro modo— era precisamente aquella en que nos llevaba, por consideraciones tan diversas como estupendas, a la raíz y esencia de la Patria, de la nacionalidad; a nuestro origen como nación; de dónde venimos; cómo llegamos un día a hacernos alguien; por dónde anduvieron y qué lecciones, en el ejemplo, nos legaron nuestros mayores en Patria; en una palabra, a la que él —como intelectual— nunca tuvo miedo: cuál es nuestra tradición. Porque es claro que nunca el río, por mucho que crezca y cambie su faz, niega el manantial de donde arranca y depende su existencia. No era aquello una postura de retrógrado. ¡Para eso estaba mente tan des-

pierta y tan al día como la de Don Mario! Su sentido de la tradición, repetidamente explicado por él, a donde iba era a enseñar el apego a todo lo que siendo nuestro y bueno, no había por qué tirarlo por la borda, para a cambio de ello quedarnos gradual e insensiblemente despersonalizados, y a la postre reducidos a meros colonos supeditados a lo que, sin más ventajas que acaso algunas de mero orden material, vendría a hipotecarnos el tesoro inalienable de nuestra independencia y libertad de acción, de economía y aun de espíritu.

Nos parece que en más de un punto su magisterio de escritor tiene acentuados rasgos de semejanza —salvados tiempo y circunstancias— con el de dos escritores ejemplares y de análoga línea de acción: nuestro Cecilio Acosta y el maestro José Martí.

Creímos necesario detenernos en todas las antecedentes consideraciones, porque ellas nos ayudan a apreciar y valorar al escritor, al prosista Briceño-Iragorry y el estilo de sus escritos. Esa postura tan connatural y habitual de escritor-maestro que le hemos señalado, y el ambiente general en que expone los diversos temas de

*su escogencia, nos parece que determinan —hasta cierto punto— las características de aquel estilo tan suyo, tan regular, de su rica y expresiva prosa castellana. Por temperamento, y por la intención que le guiaba, para él escribir era cosa muy seria; era un deber y un magisterio, ya lo hemos dicho. De ahí que también su estilo, y su lenguaje, tuviesen siempre toda posible dignidad y una rigurosa corrección idiomática. No cayó jamás en la ligereza de creer que al lenguaje se lo puede tratar sin consideración, como a mal venga; y que para escribir basta con decir las cosas como se quiera, sin la disciplina previa del estudio, para la exactitud y expresión propia del idioma. Tal respeto a la índole propia de la lengua, no era en él fanatismo ni gazmoñería. Y nunca dejó de decir las cosas que quiso y a su manera, porque su conocimiento del lenguaje, lejos de serle un óbice, le daba la más segura y estimulante libertad. Y por eso cuantas veces le fue necesario, no temió crear neologismos de perfecta formación lingüística, como por ejemplo: *proximitud*, *claridecer*, *magistraticio*, *crispático*, y otros muchos cuya lista completa merecería recogerse.*

Habíase nutrido bien con la lectura y estudio de los mejores clásicos de nuestra lengua. Por eso la frase le corre con facilidad y tersura de muy castizo sabor. Su lenguaje es generoso y de sonoridad casi oratória, que en momentos se diría que bordea lo ampuloso. Es porque el escritor se desdobra en él irreprimiblemente en el maestro, de que antes hablamos, que puesto a su tarea, el verbo se le enardece, y la voz interna se le entona, no tanto en discurso, sino en exhortación vehemente y persuasora.

De ahí también que tan a menudo y fácilmente su lenguaje sea tropológico; a veces en párrafo continuado, las figuras se suceden en variadísimo y bien hilada progresión. Sin buscar preciosismos estilísticos, logra verdadera creación estética y acierta en el empleo de la adjetivación sugestiva. Mas, preguntamos: ¿y qué es el lenguaje figurado, cuando fluye como en éste de su pluma, tan espontáneo, sin rebuscamientos artificiosos, sino uno de los medios más usuales de que se valen los maestros para transmitir sus enseñanzas y facilitar la mejor comprensión?

Y asimismo, si nos llama también la atención el empleo nada mezquino y muy natural que

le vemos hacer de epítetos y adjetivos, que hacen tan frondosa, pero no vacía, su frase, ¿no será también porque así busca llamar más la atención y fijarla mediante la caracterización, en forma variada y expresiva, del vocablo esencial de la frase?

No diríamos que en cada caso de éstos, nuestro autor ha procedido así con expresa reflexión didáctica; pero sí que el hábito lo tenía bien formado, pues precisamente en los escritos de su mayor madurez es donde mejor podemos observar este aspecto singular de su estilo.

¿Y cuáles fueron algunos de esos escritos? Nos parece que los compilados en el presente libro. Muy acertada fue la idea de hacer un solo volumen con aquellos doce fascículos, de sobria y atractiva presentación, que el autor publicó originalmente por separado.

Nueve de éstos que ahora son como capítulos del presente libro, llevaban el título común de responsos. Porque el motivo en que el maestro se inspiró para dictar cada una de aquellas vivificantes lecciones, lo descubría él —como por deducción— allí precisamente donde la vida se muestra en su más ejemplar realidad: en la

muerte, a la cual los clásicos llamaron —con razón— la gran maestra del humano y sabio vivir.

Los restantes tres capítulos no nacieron, es verdad, de igual motivo fúnebre. Pero lejos de desentonar en el conjunto de los otros nueve, guardan con ellos una manifiesta relación. Porque la finalidad íntima de su contenido didascálico, es casi igual en todo a la de los responsos.

Salvo el primero de estos escritos, publicado a fines de 1955, los demás aparecieron en 1956: uno en enero, dos en abril, tres en mayo, dos en junio, dos en julio y uno en agosto.

Por entonces contaba ya el autor cuatro años de aflictivo destierro político. Su salud en algún momento se había resentido en forma preocupante. Pero ninguna de esas acerbas circunstancias fue parte a hacer que se debilitara el temple de su espíritu, ni el vigor de su pluma. No poco de lo que por entonces escribía llegaba a la prensa de muchas capitales de América, y encontraba atentos lectores. Y no obstante la férrea censura impuesta al correo por la dictadura venezolana, lo que él escribía andaba en todas las manos en nuestro país. Aquella voz

suya no clamaba en el desierto. Y la dictadura lo sabía. Y no obstante la distancia, le inquietaba la imperturbable serenidad del desterrado y su prolífera actividad de escritor. Se pensó en amedrentarlo. Y el año 54, a la salida de un templo en Madrid, un esbirro pagado le irrespetaba y golpea; pero felizmente las personas presentes impiden que el atentado tenga peores consecuencias. Pasado el suceso, su espíritu firme de buen cristiano y de maestro, sólo tiene perdón y olvido para quienes le agraviaron. Y cuando más adelante alguien bien informado quiso darle los nombres de los causantes del atropello, él prefirió no saberlos; porque no quería —dijo— dejar en herencia a sus hijos ningún odio.

Pero todas estas cosas no le predisponen jamás a mojar su pluma en amargor. Se sobrepone en él la serenidad del humanista. Y su laboriosidad de escritor halla a cada paso temas del acontecer humano, que le inspiran sabias y provechosas consideraciones. La prensa diaria registra noticias que para un lector menos avisado apenas pasan de lo anecdótico. Briceño-Iragorri, en cambio, sabe descubrir la lección humana y trascendente que los hechos encierran. Y en se-

guida se apresta a redactar el comentario educativo.

Y así nacieron, así se escribieron todos estos responsos. No se trata de un título necrofílico, morboso, de intención pesimista. Todo lo contrario. En la liturgia cristiana el responso es la oración o el cántico de despedida esperanzadora a quien pasa de la vida temporal a la eterna acompañado del tesoro de sus buenas obras. Así habla la fe del cristiano, que lejos de mirar a la muerte como un final de horror, la contempla como el comienzo cierto de la claridad perpetua. También en el orden de los hechos humanos nuestro escritor nos hace fijar la atención en lo que hay de luminosa enseñanza en tantos casos y circunstancias de sufrimiento físico o moral, y aun en la misma muerte.

Ante tales hechos, no adopta el autor la postura o el tono de quien filosofa estoicamente. Cuando escribe sobre estas cosas, él está en un momento de su vida en que sabe bien, y siente en carne propia, lo que es el dolor. Y la misma cristiana filosofía con que lo sobrelleva y dignifica, es la que le sirve para extraer sus eleva-

das lecciones en presencia del dolor del prójimo. Casi nos atreveríamos a decir que estos responsos, estas Prosas de llanto, contienen una buena dosis de sentimiento autobiográfico. Parece como si en algunas de ellas al menos, el autor se hace uno con la persona cuyo recuerdo y enseñanza nos va evocando.

Y por este camino y obra se incorpora a esa clase de escritores admirables, de todo tiempo y nación, en quienes la etapa de dura tribulación, el destierro o la prisión, más que para ensombrecer o amargarles la mente y el corazón, les sirvió de crisol de donde sacaron páginas del más purificado contenido y expresión. Los ejemplos al caso, sobran y son bien conocidos. Un poeta lírico tan fino como Ovidio, escribe sus inmortales Tristia cuando su duro destierro en el Ponto Euxino. Cervantes pone en marcha para siempre a su serenísimo Alonso Quijano, desde el antro de una prisión "donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación". Pocos libros más amables y ejemplares hay en la literatura moderna italiana que el de Silvio Pellico: Mis Prisiones, engendrado también tras los barrotes de amarga cárcel. Y en sus forzadas andan-

zas de desterrado, José Martí escribe aquí en Caracas sus más dulces y sentidos versos, afectos de padre para su hijito Ismaelillo.

Parece claro que a almas nobles, de alta alcurnia espiritual, y dotadas del don del bien decir, las pruebas y aflicciones les distienden las cuerdas de su sensibilidad creadora, y alcanzan a expresarse con extremada afinación.

Nunca de la pluma de Briceño-Iragorry habrían podido salir páginas al estilo de las que otros escritores, en circunstancias parecidas, acostumbraron publicar en represalia contra sus perseguidores. También nuestro autor hacía oír su voz. Pero sin mengua de su entereza y justa altivez, usaba un modo tal de expresarse, que en nada deslucía su carácter de escritor-maestro. Aun los otros artículos periodísticos que por entonces escribía (compilados luego en libros como El hijo de Agar y Saldo) en ningún caso pierden altura y gravedad literaria, ni siquiera en aquellos temas tratados en forma polémica. El maestro siempre guarda aquel tono y compostura propios de su alta misión.

Tales características sobresalen en todas estas Prosas de llanto.

No es éste un libro para leerse de corrido. Cada capítulo pide lectura reposada. No para matar el tiempo. Sino para darse a un rato de provechosa reflexión.

Para nuestro gusto, sugeriríamos iniciar la lectura con el inspiradísimo "Responso con luces para Don Gnocchi"; enternecedora evocación de aquel sacerdote, salvador y guía de la infancia necesitada, de aquellos niños víctimas inocentes de la guerra, a quienes dio la última prueba de amor al donarles sus ojos, cuando descubrió que después de su muerte física podría seguir viviendo en la luz de unos ojos de niño ciego a quien se le haría el transplante quirúrgico.

No menor ternura, y todo el vigor de la caridad cristiana, salta de los párrafos de los dos responsos a la muerte de Emmet Till, el niño negro que por haber mirado con deleitoso atractivo natural a una joven blanca, fue linchado y su cadáver arrojado al río. Las frases de este escrito suenan, a veces, como un eco inspirado en el llanto de los trenos de Jeremías.

Y con igual ponderada emoción van desfilar por esta Prosas —verdaderos poemas— otros episodios de la más aleccionadora esencia

humana. En su origen, y como meros sucesos, eran simplemente la materia cotidiana que aparece en la prensa, en esas informaciones frías y pasajeras, que hoy se leen y mañana ya se han olvidado. Pero para Briceño-Iragorri, ciertos hechos de particular naturaleza no pasaban inadvertidos. Su sensibilidad de pensador y de maestro se detenía a meditar. Y lo que para muchos lectores era simple noticia, en él se convertía en motivo de profunda e inevitable enseñanza. No se limitaba a comentar la noticia. Extraía en cada caso, con natural unción cristiana, la lección social y moral, que como escritor se sentía en el deber de divulgar.

Y lo hacía con altura de pensamiento. Con bondad y comprensión de buen samaritano que sabe verter con el vino purificante de la advertencia y la denuncia, el aceite suavizador de la caridad “que forma —decía— la esencia de la verdadera doctrina de Cristo”. Todo aquello dicho con entonación de maestro, en monólogo en voz alta y hacia fuera; y en un lenguaje altamente comunicativo, de rica prosa sonora, tersa, que toda clase de lectores puede saborear sin el menor esfuerzo.

Hemos de dar la bienvenida a esta reimpresión que ahora se nos ofrece con el apropiado título de Prosas de llanto. No es sólo un homenaje de recordación al gran escritor, en páginas que son de lo más representativo de toda su extensa labor. Sino, además, porque consideramos que este libro deberá correr por muchas manos, para que siga dictando esa nobilísima enseñanza positiva, constructiva, fortalecedora, canto de elevación y de esperanza brotado de realidades actuales y dolorosas, que quizás a otros espíritus les hubieran parecido de signo meramente negativo solamente merecedoras de lamento y de olvido.

Y precisamente hoy, cuando hechos de esta clase u otros asemejables, podrían, sí, tomarse en cuenta, pero para reinvertirlos en nuevos dolores humanos, al calor de la prédica de la violencia, como necesaria respuesta; hoy viene muy oportunamente hacer oír la voz de este maestro de insospechada confianza, de bien probada entereza en los caminos del dolor. Porque, cabalmente, en las horas más negras en que le tocó transitarlos, supo él hermanarse en espíritu al dolor y a la tribulación de otros seres humanos, no para gritar la venganza, sino para

exaltar el poder bienhechor del sacrificio, en quien tiene una fe y una esperanza trascendentes, y ha experimentado —y así lo escribió— “cómo es dulce, reparador y saludable pedir por los verdugos”.

PEDRO PABLO BARNOLA, S. J.

Caracas, 28 de agosto de 1968.

DOS RESPONSOS
A EMMET TILL

LLANTO EN LA MUERTE DE UN MUCHACHO NEGRO

MAMIE BRADLEY, llora, llora tu negro destino. Tus lágrimas copiosas harán de ti una solemne Niobe de basalto. Frente a la quemante caja que guarda los despojos del pobre Emmet Till — rescatado con dificultad de las aguas del Tallahatchie sonoro — eres, en realidad, viva estatua del dolor. Wilde hubiera dicho que eres la estatua del dolor que dura eternamente. Lloras con transida amargura de madre y con espantoso dolor de víctima innominada de la crueldad de los hombres. De fuego son las lágrimas que saltan tanto de tu herido corazón de madre como de tu vulnerada condición racional.

En tu llanto, Mamie Bradley, se conjuga el más amargo dolor humano con el más claro, dulce, noble, sentimiento de mujer. Eres la madre desolada que sufre por el hijo sacrificado injustamente, y eres la raza, tu pobre raza negra, que llora un destino sombrío.

Una vez más, Mamie Bradley, la petulancia agresiva del hombre blanco se ceba en la carne sufrida de la raza irredenta. Tu pobre Emmet Till miró — ¡miró apenas! — con ardiente mirada de quince años, a una mujer blanca, y los hermanos de la mujer incitante vengaron sobre su cuerpo de muchacho inerme la estridencia con que acompañó la mirada irreverente. Junto a este crimen se alza, además, otro crimen de mayor resonancia. La comunidad blanca de Sumner, en Mississipí, está armando trampa para que no se haga justicia en el caso de tu hijo. Los jueces, Mamie Bradley, son puntillosos señores blancos, que niegan a tu raza los derechos fundamentales de la criatura humana.

En la noche de tu dolor —doble noche de dolor del negro—, tú, seguramente, salmodiarás, Mamie Bradley, en medio de la negra sombra de tu comunidad adolorida, canciones sin esperanza y desoladas por donde se evade el dolor de tu raza perseguida. Al Cielo elevarás la voz cargada de inquietantes preguntas:

*Didn't my Lord deliver Daniel?
an'why not ebery man?*

*He delivered Daniel from de lion's den,
Jonah from de belly of the wale,
An'de Hebrew chillum from de fiery furnace,
an'why not ebery man?*

Dios sí creó a tu raza para gozar la libertad, oh, Mamie Bradley, pero los intendentes de Dios, los hombres que se dicen encargados de velar por la libertad y la dignidad de sus semejantes, no han querido cumplir el mandato divino. Tus abuelos, Mamie Bradley, llevaron cadenas a los pies y fueron herrados como bestias en la nalga. Tus abuelos trabajaban a sol y agua, bajo duro látigo, para enriquecer al engreído y presuntuoso blanco. Los descendientes de los dueños de esclavos no perdonan a tu raza, Mamie Bradley, la seguridad de que hoy goza para contratar libremente el trabajo que necesita la industria blanca. El hombre blanco no puede atentar hoy en América contra vuestra bien ganada libertad. (Duele a nuestra vocación de libertad que en otras regiones del mundo, hombres y mujeres sean vendidos aún como ganado en los mercados). La libertad que no se os puede regatear, la traba para su ejercicio el hombre blanco. Escudado en egoístas

y absurdos principios racistas, vuestro enemigo ha fraguado una conciencia de desigualdad, que destruye la esencia de vuestra dignidad humana. El resentimiento del abolido señor frente a vuestra libertad civil, mantiene vivo el odio y el desprecio hacia vuestra comunidad atropellada.

Tus quejas, tus lamentos, tus sollozos, Mamie Bradley, juntan en tu inmenso y reciente dolor de madre, el dolor profundo y viejo de tu raza. Cuando por tu hijo linchado lloras frescas y tiernas lágrimas, lloras, también, lágrimas amargas, que tienen siglos de retención en la enjuta cuenca de todos los ojos, de abismática blancura, de los negros y las negras del mundo. Más que los otros negros, sufrís vosotros, los negros de la América del Norte. Vuestra comunidad, Mamie Bradley, está enmarcada en un maravilloso cuadro humano, cuya técnica, cuya riqueza, cuyo poder lo lleva a preciarse de ser hoy el más celoso, el más fuerte y el más temido guardián de la civilización cristiana. Sin embargo, en medio del régimen jurídico de esa gran nación —tan grande y respetada como en la antigüedad fue la Roma de los Césares— se perpetúa un sistema de vida que

hace la vista gorda ante crímenes como el que ha dejado sin vida a tu infeliz muchacho de quince años, golpeado y asesinado por haber puesto los ojos cargados de deseo sobre una mujer de raza blanca.

Mientras tú lloras, ninguna protesta humana se levantará fuera de tu adolorido mundo de color. Sólo sufre contigo, Mamie Bradley, la comunidad de tu pueblo negro. Contigo lloran los hombres y las mujeres que por ser negros se ven vejados y atropellados en las Universidades, en los teatros, en los tranvías, en los hoteles, en los mismos templos del Señor. Lloran contigo las muchachas de opulentas formas, que se saben menospreciadas aún por la exaltada concupiscencia de los hombres blancos. Contigo están llorando los muchachos humildes y ardientes que miran a distancia insalvable el dulce y romántico rostro de una blanca muchacha. También, junto a las tuyas derrama sus lágrimas el niño asustado y perplejo que recibe un puntapié o un bastonazo cuando en el parque se atreve a tocar el juguete de los niños blancos.

No hay comprensión ni justicia para tu pena, ¡oh, Mamie Bradley! Hace ya mucho tiempo que, sin haber subido al Norte, en las playas del Caribe, San Pedro Claver murió de los dolores de tu raza. Abraham Lincoln pagó con un balazo en la cabeza iluminada de prodigios, el crimen de haber sacado a vuestros padres de los duros cepos donde los mantenían los soberbios terratenientes del Sur. Vuestros sufrimientos, vuestros dolores, vuestra miseria no son sentidos por los hombres que se dicen marcados con el signo de la justicia. Vuestro dolor, en cambio, tiene una extraordinaria dignidad que se encumbra sobre la soberbia de vuestros opresores sin conciencia. A través del “mysterium doloris” estáis fuertemente anudados a las entrañas de Cristo. Mientras tanto, los que niegan el valor humano de vuestras vidas, niegan y contradicen la autenticidad del Cristianismo. Integran ellos las huestes satánicas que han levantado el estandarte del hombre contra el hombre y, con su conducta pecaminosa, llaman contra sí mismos y contra su sistema la rebelión de los hombres que buscan el orden de la justicia.

Emmet Till, tu infortunado hijo, está en el Cielo ya, ¡oh, Mamie Bradley! Cuando era pequeñito lo dormías con voz transida de esperanza, al son de cantares impregnados del dolor de tu raza.

*When I get to heab'n, I'm goin'to put on my shoes,
I'm goin' to walk all over God's heab'n,
Heab'n heab'n;
Everybody talkin'bout heab'n ain't goin'dar,
Heab'n heab'n,
I'm goint' to walk all over God's heab'n.*

Así es. No van al Cielo todos los que del Cielo hablan, pero Emmet Till, tu buen muchacho, de ojos curiosos y cargados de lejanía, camina ya con sus zapatos nuevos, a través de las plazas, de las calles, de los parques, de los palacios de la gran ciudad de Dios... ¡Cómo se siente libre Emmet Till! ¡Cómo Emmet Till se mira igual a todos los demás muchachos y muchachas!...

¡No llores, Mamie Bradley, por la suerte de Emmet Till! Sosiega tus lágrimas santas de madre crucificada. Lloro, en cambio, con la severa dignidad que te transfiera tu dolor, por los hombres que asesinaron a Emmet Till. Sen-

tirás cómo es dulce, reparador y saludable pedir por los verdugos. Llorá, también, por los jueces que evaden el castigo de los criminales. Llorá, llorá siempre por los hombres blancos que se obstinan en mantener sobre el mundo el reinado de la injusticia y del terror. Emmet Till, tu hijo sin fortuna en la tierra, ganó ya los dominios del Cielo. Sabe ahora Emmet Till que todos los hijos de Dios tienen derecho a poseer iguales zapatos para caminar libremente por todos los caminos del mundo universo.

Llorá, Mamie Bradley, llorá sin cesar la angustia y el destino de tu raza. Tu imagen ensombrecida, como letra historiada en la página del libro de la Justicia, iluminará algún día el corazón duro de los hombres que niegan a los negros la igualdad de oportunidades a que tienen derecho como hijos de Dios. Por Emmet Till, tu hijo sin ventura en este mundo, no llores más, Mamie Bradley. Tu hijo ya alcanzó la igualdad suprema. ¡Si vieras cómo se pasea, sonreído y ágil, en medio de ancho prado de rosas y de lirios, llevado de la mano por un luminoso arcángel de rubios cabellos y maravillosos ojos azules!...

Septiembre de 1955.

SEGUNDO RESPONSO
A EMMET TILL

CUANDO a tu madre llorosa dirigí palabras de consuelo por tu muerte atroz, expresé, ¡oh, Emmet Till!, una convicción amarga de que sólo en tu mundo negro repercutiría la angustia levantada por el crimen perpetrado en tu inocente persona. He vivido en el Sur de Estados Unidos y he visto de cerca —en medio de la indiferencia general— la tragedia de la discriminación y del odio que pesa sobre tu raza infeliz. Durante dos años miré diariamente en los tranvías de New Orleans el infamante letrero “For color people only”, con que se señalaba el sitio donde solamente podía sentarse la pobre gente negra. En varios templos vi también con espanto cómo se segregaba al pueblo de color. En cambio, de rodillas ante un negro contemplé más de una vez en las tiendas de calzado a hombres blancos que probaban a gente de tu raza distintos zapatos. En este caso no funcionaba el prejuicio del color, sino el

aliciente del dinero que pagarían los compradores. ¡Oh, absurda moral de mercaderes!

Mi experiencia sobre el menosprecio que hace del negro la gente de Norteamérica, me llevó a creer que tu caso quedaría, como los otros, reducido al dolor de tu raza. Vi con vergüenza cómo se hilaron argumentos para no castigar a tus asesinos, pero he visto también, cómo en Norteamérica misma, en Londres, en Roma, en París, en Madrid, han insurgido agudas voces de protesta contra el crimen abominable de que es objeto permanente tu raza. Tu muerte ha sido oportunidad para que muchos hombres y muchas mujeres hayan sentido como propia la injusticia de tu caso. La hora de tu muerte, ¡oh, Emmet Till!, ha coincidido con la resonancia de voces angustiadas que en los cuatro vientos del mundo claman contra la soberbia de hombres y naciones poderosas, que siguen creyendo en la inferioridad de grupos humanos, a quienes para brillar en la Historia sólo ha faltado oportunidad de ascender por medio del bienestar y de la cultura.

Un Obispo católico, de evangélico tuétano, ha ordenado que no se diga Misa en una Misión

de la Luisiana, porque los fieles rechazaron los servicios de un sacerdote negro. Se está haciendo justicia a tu raza, ¡oh Emmet Till! La Iglesia de Cristo ha tomado una vez más cartas activas en el problema espantoso de la discriminación autorizada por las leyes de Norteamérica. ¿Qué cristianos son esos que menosprecian la piel del sacerdote ungido de dignidad y de poder para transubstanciar en carne divina el blanco pan eucarístico? Si sus manos pueden realizar el milagro extraordinario de distribuir el Cuerpo de Cristo, ¿cómo no mirarlas en toda su albura mística? ¿Qué cristianos son esos que olvidan las virtudes de la gracia engendradora de criaturas nuevas e iguales, en quienes vive la plenitud de Cristo? No son en realidad cristianos, ¡oh, Emmet Till!, quienes no han abierto los ojos para mirar la blancura extraordinaria de las almas bañadas en las aguas de Cristo.

En el mundo protestante también se han levantado voces para protestar contra la injusticia de tu caso. Robert Bertrand, desde California, ha escrito que siente vergüenza de ser sudeño y protestante; todo a causa de la injusticia con que ha sido juzgado el crimen de que fuiste víctima inocente, ¡oh, Emmet Till! Los judíos

han participado también en la protesta, hasta decir por boca de su Comité norteamericano “que el prestigio de Estados Unidos sufre extraordinariamente en el exterior” a causa de crímenes como el que te dejó sin vida, por haber puesto tus ojos cargados de deseo sobre una mujer blanca.

Cuando con palabras adoloridas consolé la pena de tu madre infeliz, no pensé, Emmet Till, que este crimen funesto llegase a promover la protesta universal que llena las planas de la Prensa del mundo. En el propio Parlamento norteamericano ya se habla de medidas coercitivas que obliguen a los Estados del Sur a variar su conducta hacia tu raza. Y ha sido tu muerte, ¡oh, Emmet Till!, el toque de gracia que ha levantado la universal protesta. Tú, un pobre negro sin valor social, has alzado con tu muerte esta tormenta de voces clamorosas de justicia para tu raza. Un pobre negro para el blanco engreído, que aún cree en el prestigio tornasolado de decrépitos linajes; pero, en cambio, un hombre, una criatura divinizada, un espejo de Dios, para quienes saben que los hombres somos todos iguales en el reino profundo y sagrado de la justicia natural y divina.

Cien años se cumplirán en breve de haber sido asesinado legalmente John Brown, por sublevar a los esclavos del *Deep South*; y aún resuenan las protestas que levantó su muerte. Víctor Hugo, el grande Hugo de la palabra encendida y centelleante, declaró en solemne manifiesto que era crimen mayor que el de Caín matando a Abel el de Washington matando a Espartaco. En ti, ¡oh, Emmet Till!, la venganza de los señores blancos ha asesinado a un descendiente del esclavo maravilloso. En tu carne inocente tus verdugos se vengan de ver libre a tu raza, pero, en cambio, tu sangre ha hablado como testimonio de la justicia debida al hombre negro; y cuando la sangre, como en tu caso, se hace mensaje del espíritu, ya no cesará de hablar hasta tanto se remedie la injusticia. Tu sangre, Emmet Till, ha entrado a ocupar sitio egregio en la historia solemne de los grandes sacrificios. Tu nombre, con el de John Brown, será esmaltado entre los nombres de las víctimas sacrificadas por la libertad de tu raza.

Ya, Emmet Till, en el orden de la vida y en el orden de la muerte, todo es para ti reposo y paz. Feliz para tu vida permanente fue la hora en que miraste con ojos de vehemencia conteni-

da el rostro atrayente de una mujer blanca. Con despertar el odio baldío de los enemigos de tu raza, ganaste, sin quererlo y en contrario plano, una gran jornada para tu comunidad irredenta. Deseaste en vano una efímera sonrisa de mujer, y conquistaste, en cambio, ¡oh, Emmet Till!, la permanente sonrisa de la gracia...

Noviembre de 1955.

RESPONSO AL NIÑO DE HIROSHIMA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS AND ARCHITECTURE
601 SOUTH EAST ASIAN LIBRARY
5730 S. UNIVERSITY AVE.
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773/936-3328

STATE OF ILLINOIS
OFFICE OF THE ARCHITECT

STATE OF ILLINOIS
OFFICE OF THE ARCHITECT
601 SOUTH EAST ASIAN LIBRARY
5730 S. UNIVERSITY AVE.
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773/936-3328

SOBRE las espaldas cansadas de tu madre, escuálida y llorosa, entraste en Hiroshima, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, al día siguiente de haber caído sobre la infortunada ciudad la primera bomba atómica que dirigían los técnicos militares contra un objetivo humano. Tu pobre madre fue en busca de tu padre desaparecido. Nada intuía ella del riesgo tremendo que corríais ambos al penetrar en la ciudad devastada. Aquello ocurrió hace ya más de diez años. La guerra en que se decían comprometidos los llamados países democráticos —¡cuántos nos sumamos a ellos en espíritu!— estaba ya declinando. Era, sin embargo, preciso economizar tiempo. Urgía dominar con prisa al Japón en ruinas. En el secreto más profundo del Estado Mayor de los ejércitos estadounidenses se guardaba la peligrosísima bomba. Los técnicos y los políticos creyeron llegada la hora de utilizar su terrífica potencia y con rapidez satánica

fue lanzada sobre tu pobre ciudad, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi...!

Diez años han corrido desde la hora infausta que dejó sembrada para siempre la desesperanza y el pavor en el corazón de los hombres. Aquel día comenzó para ti un vivir estrecho; ya no hubo hogar ni alimentos suficientes. Tu pobre madre duplicó el quehacer de donde provenía la parva ración. Tu salud fue menguando lentamente como consecuencia de las radiaciones de la bomba funesta. La palidez de tu raza se hizo más intensa sobre la piel reseca y anémica. Mientras tu cuerpo se espigaba, ojos avizores miraban cómo en ti no crecía la vida, sino la muerte. Tu sangre empobreció en elementos eficaces para luchar contra las partículas mortíferas, y lentamente, sin nada que recordase la prisa de la muerte, te apagaste como llama que enflaquece y se duerme en la minúscula pavesa.

Cuando parecía cerrado un ciclo prescriptivo en el recuerdo de los hombres, la Prensa anuncia tu muerte tardía, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!. Contigo vuelven a aparecer en la memoria de todos los hombres y de todas las mujeres

del mundo las doscientas mil víctimas de la bomba de Hiroshima. Meses apenas contabas cuando el horrendo asesinato. Junto con la leche materna bebiste las emanaciones de uranio que terminaron por matarte también, como a tu padre, como a tus hermanos, como a todas las familias de tu ciudad desventurada. Diez años después del desastre cierras tú los ojos para testificar eficazmente con tu muerte tardía la enormidad del crimen perpetrado por Robert Lewis, en cumplimiento de órdenes dictadas por el Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos del Norte. ¿Crueldad, imprudencia, vanidad? El asesinato del 6 de agosto de 1945 no solamente destruyó la vida de tu gente y la tuya propia, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!; destruyó, además, y por siempre, toda esperanza de seguridad material para el futuro del hombre. A luego de Hiroshima y Nagasaki, los jefes de gobierno de los países vencedores anunciaban llenos de ufania, el final de la llamada segunda guerra mundial. Ese día, en cambio, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, comenzó esta terrible y espantosa tercera guerra fría, cuyo prólogo sin más mantiene en permanente pánico la conciencia de los hombres pacíficos. Tan

atroz es el recuerdo espantoso de la bomba con que fue destruida tu ciudad nativa y que, a diez años de distancia, te deja hoy sin vida, que sobre su amenaza se mueve una guerra más cruel y más destructora que las antiguas aventuras de los capitanes, cuyo fue el oficio de asolar llanuras y collados para vengar el honor de un rey o para dobligar la altivez de una torre enemiga.

Nada hiciste, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, para merecer semejante agonía. Cuando la desgracia descendió del cielo invadido por las aves apocalípticas de la destrucción, apenas comenzabas a sonreír. Tus ojillos oblicuos no estaban aún del todo abiertos para la contemplación del paisaje amable de la vida. Tus ojillos de almendra diminuta sólo habían tropezado con la risa maravillosa de tu madre enamorada. Un signo extraño te ha unido, en cambio, a la Historia del Mundo. Con tu nombre, lo mismo que con el nombre desafortunado de Robert Lewis, comienza la aventura de la desesperanza de la paz. Quienes te sobrevivimos nos angustiamos cada día ante la seguridad de que jamás retornará la paz en el campo internacional, mientras las grandes potencias insistan en almacenar,

como se almacena trigo para el hambre, bombas semejantes —y aún peores— que la bomba lanzada sobre tu desgraciada ciudad.

Diez años luchaste con la muerte, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, hasta cerrar para siempre tus oblicuos ojillos de almendra. Diez años hace que luchan contra los fabricantes de guerra los hombres que anhelan un compromiso pacífico en el orden de las naciones, y por nada se anuncia la hora de la razón y de la concordia. El hombre parece destinado fatalmente a proseguir su existencia de temblor y pavor. O sosega en la plegaria silenciosa, que le aísla del mundo atormentado; o se aturde en el festín de la riqueza, engendrada al amor de las propias empresas que alimentan la devastación: hierro, cobalto, petróleo, uranio, estaño, plomo, carbón, celulosa. Todo ha caído en el área de Marte. Aun la fina seda de Oriente, la suave, crujidora, iluminada seda de los quimonos historiados de mandarines y de gheisas; la seda magnífica, producida en ejemplar silencio por el humilde gusano de destino pacífico; la seda de suntuarios usos antiguos, ha caído en el radio funesto de la estrategia y se la utiliza para fabricar los paracaídas, que convierten

los anchos cielos en perverso vientre de caballos troyanos. Junto con las bombas mortíferas caen, también, del cielo hombres armados de metralhas para la sorpresiva destrucción de otros hombres.

Ese es, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, el maná que descende de los cielos conquistados por los hombres modernos. El cielo ha sido despojado de arcángeles y ocupado por los aviones de guerra. Afortunadamente esta ocupación no ocurrió antes de la era cristiana. En un firmamento vigilado por los espías atómicos y por las antenas de radar, habría hallado cerradas las rutas de su viaje extraordinario el Angel de la Anunciación. Tendría, en cambio, más congruencia el mundo. Lo que hoy vemos, ¡oh, Yochito Kiyomi!, es la negación absoluta del Misterio de Amor que anunció a María el mensajero divino. Algo, en realidad, sobra en el orden del mundo presente de los hombres: o las bombas funestas o la caridad de Cristo. Tú, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, te has librado de la angustia de vivir en un mundo sin amor. Con tu muerte lenta y cruel has ganado la libertad y la igualdad de que se decían defensores tus verdugos. Gozas la igualdad y eres

ya libre en el mundo superior de los espíritus, y eres, en el mundo cruel de los hombres, tan libre y tan igual como los demás cadáveres que evolucionan hacia el polvo de lo inexistente. A la par de tu cuerpo, el alma luminosa que brillaba en tus oblicuos ojillos de almendra, ya ganó la paz verdadera, única posible en un mundo que ha dado espaldas al amor, para seguir con alegría diabólica las consignas del odio...

Madrid y enero de 1956.

RESPONSO CON LUCES PARA DON GNOCCHI

SEGURAMENTE, ¡oh, maravilloso y tierno Don Gnocchi!, has alcanzado ya el sosiego que tu grande espíritu perseguía en vano a través de este cruel, insensible, despiadado mundo de los hombres. Los niños que te han hecho corro cuando llegaste al Cielo, tienen todos intactos los brazos, las piernas y las alas. Ya no verás jamás el espectáculo espantoso de niños mutilados, que diariamente te ofrecía un sistema de vida social, cargado de dolor, de miseria y de venganza. Feliz fuiste mientras ejercías el manso ministerio de sacerdote de Cristo en tu iglesia milanesa de San Pietro in Sala. Con voz dulce y persuasiva enseñabas a los niños la doctrina del amor cristiano. Con palabras ágiles, sencillas y suaves les explicabas cómo Jesús tomó carne, si bien exenta de culpa, tan frágil y dolorosa como la nuestra, para alcanzarnos la redención de los pecados. En el espíritu de los niños promovías el amor y la entre-

ga a ese Jesús bueno que bajó del Cielo para ganarnos libertad y decoro, y les decías, con esforzada claridad, cómo dicho amor no se realiza por medio de alambicados discursos y lucidas prácticas litúrgicas, empero sabiéndole hallar humilde y ansiosamente en la persona del prójimo que camina con nosotros el mismo camino de la vida diaria. Entre los inocentes y alegres pequeñuelos, tu vida discurría con la esperanza de que el Evangelio terminaría por abrirse vías francas al empuje de los piadosos niños a quienes tu doctrina vestía la túnica alba de los nacidos en Cristo.

Después, ¡oh, pavor de la realidad acerba de los odios!, te tocó la dura y cruel misión de acompañar como capellán a los ejércitos italianos que salieron a guerrear en Grecia y Montenegro. Tu palabra, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, fue como almohada blandísima donde sosegó la agonía de los soldados moribundos. En el cuadro de aquella guerra, atroz e injusta, como son las guerras, tu presencia entre la tropa era como la blanca paloma del mensaje pacífico en medio del fiero festín de los cuervos y las hienas. Fuiste la paz y la esperanza que aquietaba el ansia de los heridos agonizantes. Entre

el tableteo ensordecedor de las metrallass y bajo el ruido siniestro de los aeroplanos que vomitaban mortíferas bombas, tú eras la promesa de la sola bondad que podía reinar en el futuro de los hombres enceguecidos por los odios. Tú anunciabas el Mensaje de la seguridad cristiana a hombres ya asomados al precipicio final. La locura de la guerra contrastaba con la misión de paz de tu palabra. En medio del Infierno fuiste la propia y extraña presencia de Cristo.

Si a la guerra habías ido con sublimado espíritu cristiano, de la guerra regresaste transfigurado en la propia Caridad. La experiencia directa del dolor promovido por los odios de los hombres, te movió a aguzar aún más tu vocación piadosa. A la patria vencida regresaste con la memoria doliente de los soldados caídos. El parte frustrado de la ansiada victoria, fue sustituido por la copia de lágrimas que tú recogiste en el cuenco agigantado de tu corazón paternal. Uno a uno fuiste visitando los hogares de los hombres sin retorno. A las familias aflictas te sumaste como una amorosa voz fantasmal. Eras en medio del cenáculo de los dolientes como la presencia tibia y dulce de los ausentes definitivos. A los padres lloro-

sos y a las viudas sin consuelo fuiste relatando, como un sueño entenebrecido, los momentos finales de los seres amados. Removidas por la fuerza del relato las capas del recio dolor, de nuevo lloraron los padres, ahora desasistidos del amoroso báculo del hijo; de nuevo lloraron las viudas, condenadas a sola la compañía de las sombras en el lecho de amplitud baldía; lloraron, también, de nuevo salobres lágrimas las novias, que vieron marchito antes de abrirse el azahar de penetrante aroma. En cambio, ante tus reconfortantes y unciosas reflexiones, cómo supieron novias y viudas y padres trocar con resignada dulcedumbre el amargo vacío que en sus hogares tristes produjo el odio enloquecido de los hombres.

Con tu fácil palabra cargada de esencias cristianas, curaste, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, la herida interior que laceraba a los deudos de los soldados desaparecidos. Tu discurso tuvo eficacia samaritánica para que sanasen los dolientes entristecidos y aún para que brillase sobre las tinieblas del dolor la luz suave de una fe acrisolada por la resignación y la paciencia. Extraordinario fue el poder de tu verbo amoroso para realizar la obra de reconstrucción

del mundo abatido de los hombres y de las mujeres que habían esperado en vano el regreso de los seres amados. Pero, ¿cómo reconstruir la arquitectura destrozada de tantos y tantos niños que habían recibido sobre sus cuerpos inocentes y frágiles el impacto feroz de la guerra? Si las víctimas incontables de los campos de guerra crispaban aún las conciencias más duras, qué terribles reacciones no producía la desgarradora presencia de estas tiernas y abortas víctimas civiles de la inhumana tragedia. ¿Cuál participación habían tomado estos inocentes y asombrados niños, de bellos rostros y rizos suaves, en la lucha satánica que dejó a unos sin el lirio de los brazos, a muchos sin el gajo de las piernas, a otros sin el lucero de los ojos? ¿Dónde ahora el hogar y los padres que abrigasen y atendiesen a estas criaturas desvalidas? El abandono y la miseria eran la sola respuesta que hallaba la súplica desfalleciente de los niños infelices. La guerra no sólo les había dejado sin techo y sin padres, pero, además, habíales destruido la propia y sagrada integridad de sus finos cuerpos dolorosos.

Frente al abandono y la orfandad de los niños azotados por la guerra, sentiste, ¡oh, maravillo-

so Don Gnocchi!, la plenitud absoluta de la paternidad cristiana. Embriagado del mosto de todas las esencias de la caridad de Cristo y advertido por la luz de la gracia de que tus manos y tu lengua no eran ya tuyos, sino meros instrumentos del Padre Todopoderoso, te entregaste con febril entusiasmo de apóstol a la obra extraordinaria de abrigar, de alimentar, de remendar, de educar y de alegrar a los niños dañados por la hecatombe. El mundo de Europa y el mundo de otros continentes supieron luego de tu labor ejemplar a favor de los niños destrozados por la guerra. Ya no se te llamó Don Gnocchi, ni Don Carlo, sino en lengua alada se te nombró "El Angel de los niños". ¡Qué bien y hábilmente supiste desatar las ataduras de la carne pecaminosa, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, para ganar en la vida terrestre los atributos de los ángeles. No se te veían las alas, pero donde tú entrabas se respiraba el aire de un mundo seráfico. Los niños de tus hospicios llegaron a no necesitar ni drogas ni golosinas. Con verte, ya curaban los dolores y sosegaban las penas. Bastaba que tú les mirases con tu dulce mirada paternal o que sobre ellos dibujases la cruz de tu santa bendición, para que la

alegría brillase de nuevo en el rostro de los pequeñuelos.

Se borró tu nombre humano, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, y ya sólo se te llamó por grandes y pequeños “El ángel de los niños”. Angel bueno y luminoso como el ángel que anunció a María la maternidad divina, como los ángeles que avisaron a los pastores de Belén el nacimiento del Señor, como el ángel que consoló a Cristo paciente en la noche terrible de Getsemaní. Angel. ¿Qué título mayor puede aspirar un hombre? Serafín fue llamado el bueno y dulce Francisco de la perfecta alegría, porque, como tú, se convirtió en foco de amor para todo lo que fuese frágil y pequeño. Angel de las Escuelas se llamó a Tomás de Aquino, porque a la pureza de la vida, unió el destello de una luz acusadora de su claro conocimiento de la Verdad Eterna. Serafín el que se hizo pequeño para amar mejor; ángel el que recibió el secreto de la luz increada. Sin estigmas y sin soles, tú también ganaste el tratamiento reservado a los grandes espíritus para la hora en que se desvisten el arreo de la carne pecadora. Angel te llamaron los niños, los obreros, las madres, el hombre común que tiene sentido para

intuir los rastros que en el mundo de abajo dejan los enviados del Señor.

Lleno aún de posibilidades para vivir, la muerte minó tu cuerpo robusto y te hizo sentir la angustia de abandonar tu misión protectora cerca de los niños sin fortuna. Cómo debiste sufrir, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, cuando advertiste que tus manos generosas se tornarían rígidas e inútiles para servir a los pequeños, cuando supiste que tus pies andariegos en pos de auxilio para tus fundaciones, quedarían inmóviles para siempre, cuando tuviste la seguridad de que en breve tu lengua ya no sería eficaz para ablandar el corazón de los poderosos de quienes solicitabas ayudas para tus hospicios infantiles. Rápida, una luz generosa iluminó tu sentido de darte, y te hizo ver cómo algo tuyo, algo de tu cuerpo condenado a ser podre, podía sobrevivirte. Tus dulces y luminosas córneas podían ser implantadas en los ojos ciegos de algunos de tus niños. ¡Cómo holgaste, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, cuando descubriste que después de tu muerte física podías seguir viviendo en la luz de unos ojos de niño!...

¡Oh, mundo inhumano, contradictorio y falaz! Cuando tu alma volaba a reunirse con los otros ángeles, los hombres del Derecho hacían achacosos reparos a tu legado cristianísimo. No se podía lícitamente verificar —decían algunos— el trasplante de tus córneas a los ojos ciegos de los niños. También los fariseos invocaron no sé qué rúbrica de la Torah, para impedir que Jesús curase enfermos en los días sábado. El pueblo egregio, que instituyó en tiempos de paganía el generoso y elástico edicto pretoriano, para aligerar con su fórmula el rigor de las XII Tablas, ese mismo pueblo que ha dado al mundo actual juristas del tamaño de Del Vecchio y Carnelutti, cuenta, sin embargo, amañados cernidores de anís y de eneldo, que querían aplicar al caso tuyo torcidas normas que dificultan convertir los tejidos muertos en tejidos vivos. Pudo más, empero, el justo empeño de que fuera ejecutado tu espléndido legado. Manos de doctores expertos trasplantaron las córneas de tus ojos sin luz a los ojos ensombrecidos de Silvio Collagrande y de Amabile Battistella, niños mutilados, a quienes ya tú en vida habías comenzado a restaurar sus cuerpos.

Volaste al Cielo, ¡oh, maravilloso Angel de los niños!, pero material y físicamente quedaste en la tierra por gracia del amor. Demás de las obras magníficas que iniciaste a favor de los niños mutilados, demás del recuerdo estupendo de tu apostolado generoso, has quedado vivo en la luz de los ojos de dos de tus pequeños protegidos. Vivo en la luz espléndida que contrasta con la obscuridad que provocan el puñal, el fusil, las bombas, las ametralladoras, las cárceles, dirigidos por hombres enceguecidos, que ordenan sin juicio la muerte, la prisión, el vejamen y el destierro de otros hombres, sólo para satisfacer un insaciable instinto de crueldad y de venganza. Tú, en cambio, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, has dejado luces vivas en los ojos de dos niños, que bendecirán tu recuerdo con palabras perennes. Cuando ya te acercabas al goce sin velos de la visión de Dios, quisiste que la luz de este mundo iluminara por medio de tus córneas generosas las tinieblas de dos vidas infantiles. Mientras tu alma se gozaba con la presencia de Jesús y de los ángeles, tus ojos muertos, vivificados por el inmenso amor que enardeció tu espíritu, alumbraban en la

tierra la obscuridad antigua de dos pequeños ciegos...

¡Oh, dulce, tierno, maravilloso Don Gnocchi! Tu vida útil la dedicaste a reparar la deficiencia física de los niños mutilados por la guerra, ayuda hoy, con la gracia que has ganado por tu inmenso amor, a que los hombres todos puedan rehacer la maltrecha arquitectura de sus almas, y haz, sobre todo, el milagro de que aquellos que se dicen cristianos miren a Cristo doliente en la persona de los otros hombres, que con ellos caminan el mismo camino doloroso hacia la muerte. Préstales tus córneas, ¡oh, maravilloso, tierno y dulce Don Gnochhi!...

Madrid, 23 de abril de 1956.

**PALABRAS PARA ALIVIAR
A VICTOR RIESEL**

Nueva York, 5. — El periodista Víctor Riesel, que el día 6 de abril fue atacado por un desconocido, que le arrojó ácido sulfúrico, al rostro, ha quedado ciego, según informan los médicos que han tratado por todos los medios de salvar la visión del periodista. Víctor Riesel se ha caracterizado siempre por su elevado concepto de la misión que desempeñaba como informador, y ni las amenazas graves que le hicieron sus enemigos lograron desviarlo de su objeto. — “ABC”, mayo 6 de 1956.

Hoy, domingo de luminosa y riente primavera, la prensa me ha ofrecido una sombría noticia. Has perdido, ¡oh, Víctor Riesel!, y para siempre jamás, la gracia maravillosa de la luz. Tus ojos han quedado ciegos, como consecuencia fatal del ácido corrosivo que arrojó sobre tu rostro uno de los gangsteres cuyas fechorías denunció tu palabra moralizadora.

Desde los más oscuros y bárbaros tiempos del hombre, inúmeros han sido los mártires que cuenta la libertad de expresión. Patíbulos, hogueras, cárceles, potros, garrotes, horcas, hachas, puñales, han quitado vida y libertad a hombres que se atrevieron a decir la verdad a los poderosos o que avanzaron a publicar doctrinas, teorías y conceptos contrarios a la verdad impuesta por los sistemas vigentes. Entre todos los pecados del hombre, pocos tienen la resonancia lamentable de la arbitraria presunción a que lleva la idea de quienes se sienten con derecho

para obligar a los otros sus creencias y sus juicios. Olvidados de que Tertuliano en el siglo II dejó dicho que es de derecho humano y de derecho natural que cada quién adore lo que a bien tenga, las hogueras convirtieron en ceniza a millares de hombres desviados de la fe oficial, mientras las cárceles y las playas extrañas siguen colmadas de sujetos con sólo el crimen de diferir del modo de juzgar los poderosos.

Tu caso, ¡oh, infeliz Víctor Riesel!, adquiere una dimensión singular en medio de los numerosos atentados que en el mundo se cometen diariamente contra los hombres que dicen la verdad. Tú has luchado abiertamente contra una de las tantas formas de gangsterismo que han hecho presa en el sistema social presente. Si se tratase de una liza honesta, se te pudo haber atacado con los mismos instrumentos por ti empleados en tu lucha moralizadora. El bárbaro, en cambio, buscó tu rostro para apagar tus ojos. Su fin era cegarte. Su empeño era quitarte la luz que ilustraba de material luminosidad el campo de tu vida. No pensó, sin embargo, el criminal en que te dejaba la luz de adentro. Que te dejaba intacta la luz del corazón. En la primitiva fraseología de los cristianos no cur-

saba la palabra conciencia. Hablaban San Juan y San Mateo de corazón y de luz interior. El corazón y su luz maravillosa te han quedado en condiciones de mayor potencia irradiante. Si antes veías el mundo de fuera y te alegrabas con los árboles, con los pájaros, con las nubes, ahora tu fiesta es de silenciosa luminosidad ojos adentro. Seguirás viendo con la misma intensidad con que la ciegucecita de Arizona miró los tétricos resplandores de la primera bomba atómica, ensayada a cien kilómetros de su contorno inmediato. El fuego de fuera, el incendio devastador que destruye conciencias y aniquila ideales, continuará llegando hasta tu mundo secreto en la voz de quienes han hecho consigna indesviable de trabajo declarar la injusticia y la corrupción que corroen el cuerpo doliente de una sociedad enloquecida por las más aberrantes deformaciones del entendimiento y de la voluntad.

El gángster que arrojó sobre tu rostro el ácido necrosante, llevaba en su ánimo, ¡oh, infeliz Víctor Riesel!, la misma impronta moral (y que me perdone el vocablo tan desapropiado uso) de los miles y miles de gángsteres que no han podido subir aún a la rectoría de la socie-

dad. El bárbaro que te atacó es, sin embargo, un gángster de frescura selvática: impulsivo, sin reflexión, audaz. Fue directamente contra ti con sus propias manos. No había llegado al estadio de los gángsteres ilustres, que disponen de periódicos para calumniar y vejar a sus enemigos y para envenenar las más puras vertientes donde abreva ideas y recibe normas de conducta el hombre común. Tampoco estaba asociado con los poderosos que tienen a su disposición organizaciones terroristas, capacitadas para hacer desaparecer sin huella alguna a los hombres libres que censuran sus desafueros o que gozan de medios para ordenar con precisión indesviable el asesinato y el atropello de quienes contradicen las intenciones aviesas de las organizaciones y los sistemas que aquéllos dirigen.

El gángster que te atacó no era en realidad un gángster de calidad. Era apenas un vulgar elemento adiestrado en los métodos del atraco deslucido, que practican los ladrones de bancos o los vendedores de marihuana. No pertenecía a esas poderosas asociaciones gangsteriles que en un momento dado pueden cortar el suministro eléctrico a una estación televisora o suprimir el papel a una empresa editorial. Menos es ima-

ginable que tuviera relaciones con esos elegantes, finos, solemnes gángsteres, de blancos y pulidos guantes, que llegan a influir poderosamente en los cuadros de la política de las naciones y que, con humos de estirada y hueca reflexión, califican de terroristas, de anarquistas y de gente peligrosa a hombres honestos que, como tú, denuncian el tremedal de vergüenza donde asientan reputaciones y conductas erigidas en fuerzas rectoras de los pueblos. El grupo de gángsteres en que actúa el criminal que cegó tus ojos, no posee influencias capaces de insinuarse con la discreta reptación con que obran quienes han llegado a poner el propio veneno en los vasos sagrados de los templos y han llegado a susurrar consejos pérfidos en los oídos incautos de candorosos servidores del altar. El criminal que te atacó se sintió empujado, más por las voces bárbaras de la jungla y por el eco del hampa irritada, que por la disimulada prudencia con que contrabandistas, traidores y vendepatrias saben aparentar interés y celo por los propios valores que destruyen con su execrable conducta.

Te cerró el infame, ¡oh, infeliz Víctor Riesel!, los caminos de la claridad por donde te mante-

nías en comunicación con el mundo exterior; mas, en cambio, te pulió las vías profundas del reino interior y dio a tu palabra una categoría extraordinaria en el área de las realidades. Aquellos padecen cárceles, éstos sufren destierros, esotros han sido callados para siempre al temor de la inminente represalia. A ti se te trató con crueldad esquiliana, pero se te convirtió en símbolo, medio sombra y medio luz, de la hora tremenda que vive la libertad.

En el momento presente del mundo la libertad de información y de opinión está amarrada al orden económico. La Prensa se ha convertido en una actividad que más mira a los provechos de las empresas editoras que al fin de educar implícito en la categoría ontológica de la palabra. A veces, como en tu caso, se hacen en el orden de la publicidad resquicios favorables a la emisión de líneas directivas que contradicen bastardos intereses de grupo. Como para dar la impresión de que nobles ideas mueven a las empresas, grandes diarios y hermosas revistas del mundo dedican columnas a la exaltación de los principios de la justicia, del orden, de la libertad y de la paz; pero la estructura general de la mayoría de los periódicos es acondicionada en

la mesa de los administradores más que en el severo escritorio de los directores. Los periódicos —ya en tinta, ya en el aire, ya en la luz de las pantallas— son empresas y no cátedras. Son negocios y no voces consagradas al servicio de la colectividad. Una torcida interpretación del concepto clásico de la libertad ha dado a la noticia el sitio que ayer ocupó la idea. La noticia es la materia prima del negocio de imprenta. Hasta se ha invocado un deforme derecho de informar sobre los pormenores del crimen y del vicio y aún de la vida privada del hombre, a fin de tener atenta una viscosa conciencia colectiva, que ya no huelga sino con la insolencia vergonzosa. Al lado de esa mayoritaria conducta, perduran, empero, voces claras, discretas, honestas, que buscan dar cumplimiento a la misión específica de la Prensa. Quedan, sí, en el mundo diarios egregios que siguen siendo faros que ilustran el camino de la sociedad.

No se resignan a la ruina moral de la vieja institución periodística y hacen acto de presencia en el foro de la publicidad, con palabras encaminadas a servir a los hombres. Este grupo, en cambio, está expuesto a mil torturas, como lo prueba tu dolor y como lo testimonia

la amenaza que respiran los periodistas honestos.

Lamentablemente, ¡oh, Víctor Riesel!, esa virtud que es decoro de tu vida, se paga a precio altísimo. Los hombres libres y responsables, que asumen la función de dirigir mensajes educadores a los pueblos, son, como tú lo has sido, víctimas inmediatas de los grupos poderosos, que buscan mantener en ignorancia al público que explotan o al público distante que engañan. Alto el precio, con él se paga, como lo has pagado tú, el derecho de ser señalado por apóstol de la palabra orientadora del pueblo y por juez severo, adelantado a denunciar uno de los tantos manaderos de la corrupción social. Ciego para las rutas materiales del mundo, te has convertido en símbolo de una luz mejor que la luz cotidiana de que están hoy privados tus ojos. Los hombres estarán obligados a mirar en ti una conciencia luminosa de libertad y de deber. Mientras con paso incierto deambules entre sombras por los caminos materiales de la vida, la gente te mirará pasar como si en realidad fueses una altiva, orientadora, generosa columna de luz...

Madrid y mayo de 1956.

RESPONSO AL JUEZ DESESPERADO

CUANDO ocurrió tu lamentable suicidio, ¡oh, malogrado juez Giuseppe Manfredini!, la nube de una espesa duda había obscurecido totalmente el campo de tu reflexión y de tu voluntad. Aunque planeaste con aparente frialdad el hecho trágico, no eras ya señor de tus actos. Eras un enajenado. Habías entrado ya en la tiniebla indeterminada de quienes viven fuera de sí mismos.

Desde los años juveniles en que acompañaste a Piero Gobetti en la fundación del movimiento intelectual llamado en los anales de la cultura italiana "adhesión creadora a la Historia", mostraste una férrea devoción por el orden del deber, en el cual viste una expresión del orden del ser, del orden del bien y del orden de la verdad. Creíste en la justicia como un valor soberano, mas llegaste a considerarla un mero producto racional de la sociedad organizada y no expresión objetiva de la ley eterna que rige

el ser, el bien y la verdad de la vida. Tu suicidio lamentable colinda con la actitud de Sócrates frente a la muerte. El gran filósofo se sabía víctima de los jueces, mas rehuyó la posibilidad de escapar que le ofrecieron los discípulos solícitos. Se sentía Sócrates condenado contra todo principio de justicia, pero consideraba que huir la pena constituía un irrespeto sacrílego a las leyes de la ciudad. Para él era preferible la muerte a la violación de la ley. Para ti el deber llegó a constituir, también, una suerte de religión. Una especie de Moloch sin entrañas. Para ti la ley adquirió dimensiones de Biblia y de Dogma. Sólo tuviste en tu vida de juez el afán de aplicar los principios legales en forma perfectísima. Cuando a la Corte de Turín subió el proceso incoado contra el Profesor Carlo Migliardi, juzgaste que el célebre químico había sido condenado erróneamente en primera instancia. Cuando los jueces de alzada se limitaron a reducir la pena, no pudiste dominar la idea de estar en falta con la justicia, en razón de no haber rendido los colegas a tu tesis absolutoria. "No soporto la idea de haber condenado a un inocente", escribiste en el billete que, como explicación de tu muerte, dejaste junto al re-

trato de Piero Gobetti, que servía de *palladium* en tu estudio.

Entendiste que habías faltado a la justicia de la ley cuando dejaste de imponer en la mesa de tus conjueces el criterio absolutorio, y juzgaste, por una consecuencia fatal, que debías expiar con tu propia vida tu imaginario pecado. Así no se alabe, ni se recomiende así la fatal solución que diste al problema de tu duda, ¡oh, malogrado juez Giuseppe Manfredini!, es tónico y educador mirar hacia las profundas motivaciones ontológicas que sirvieron de germen al paso de tu locura. Si una rígida moral atea extendiese la severidad de sus normas hasta obligar a que se quiten la vida los jueces que falten en sus sentencias a los principios de la justicia, ya estarían despobladas muchas curules magistraticias. Es absurdo pensar en la licitud de tu conducta final, pero es necesario alabar y ponderar hasta lo sublime el espíritu de celo que animaba tu proceder de dispensador de la humana justicia.

Mártir laico de una obcecación de justicia, tu nombre será recordado en los anales judiciales como testimonio desviado de un tremendo sen-

tido de responsabilidad. “Fácil es ser juez; difícil, en cambio, hacer justicia”, repetías con frecuencia en rueda de amigos. Tu íntegra vida estuvo consagrada a administrar justicia. Entre la trama literal del Código buscabas empeñoso los resquicios por donde pudiera llegarte la luz necesaria para iluminar la verdad debatida en los procesos. Pero, cuando más necesitabas luces, de las apiñadas letras del Código se fueron levantando densas tinieblas que terminaron por obscurecer tu juicio, ¡oh, infortunado juez Giuseppe Manfredini!

¡Cuántos enloquecen frente al verde tapete donde jugaron la suerte de la familia! ¡Cuántos perdieron el sentido cuando ganaron la certeza de que sería puesta en evidencia la indebida apropiación de los fondos confiados a su guarda! ¡Cuántos cayeron en locura cuando se supieron sorprendidos en la operación que entregó al enemigo los planos de la defensa de la Patria! En la fraseología del alto mundo social, el suicidio en que desembocaron aquellos casos ha sido calificado como testimonio de un seruen-do honor, más que como real testimonio de cobardía ante la presencia de la culpa indesviable.

Tu caso rompe el móvil común de aquellos desenlaces. Tu lamentable suicidio no acusa miedo frente a la sociedad, sino razonadora locura que desatinó la palabra que descargase a tu alerta conciencia del reato imaginario de una falsa culpa.

Si en verdad es condenable el acto que remató tu sombría tragedia interior, en cambio la delicadeza, el escrúpulo, la sensibilidad de tu espíritu de juez merecen un recuerdo honorable. Enloqueciste cuando llegaste a la falsa convicción de haber cometido una injusticia. ¿Qué pensarán de ti aquellos magistrados que han hecho sistema del ultraje a la justicia? ¿Qué dirán de ti los graves jueces que vendieron el patrimonio nacional a cambio de una vil pitanza? ¿Qué pensarán de ti quienes huelgan con el injusto dolor de sus víctimas? ¿Qué dirán de ti los ensoberbecidos que se declaran sin ánimo de clemencia y sin afán de rectificar posibles errores? ¡Oh, infortunado y generoso juez!, cómo resalta la severidad de tu conciencia ante el crimen realengo con que los hombres infelices tropiezan en los caminos del mundo! En un momento sombrío de la justicia universal, tu locura, a pesar de las penumbras que hicieron

presa en ti, aparece como testimonio paradójal de una luz que se quiebra, desgraciadamente, en desequilibrados espectros, capaces de desviar la gravedad de conciencias tan sensibles como la tuya.

Duele, también, pensar que tu caso excepcional sea tomado por una suerte de mentís tremendo a la propia justicia. Espanta imaginar que los enemigos de la justicia den curso a la idea de que quienes se esmeran en ser justos pueden caer en precipicios de desesperación como el que tú pisaste, mientras huelgan y ríen aquellos que no tuvieron enfado ni en burlar el grave ministerio de las leyes ni en pisotear la dignidad de la criatura humana. Contradictorios los hechos, sirven, sin embargo, para que se exalte la pasión del juez que enloqueció cuando, al tratar de medir la dimensión del delito juzgado, creyó haber confundido la encina con el lentisco. Si el hecho fatal acusa en ti ausencia de discernimiento escatológico, prueba, en cambio, un esmerado concepto del deber que atañe a los encargados de administrar la justicia. Tras la sombra molesta de tu suicidio precisa descubrir la lección angustiosa del magistrado que sólo tuvo por norte servir la noble causa de la jus-

ticia. Fiel discípulo del Estagirita, supiste que “ni el Héspero ni el Lucero brillan con fulgores tan lúcidos” como la virtud de la justicia. Tal fue tu devoción por la luz de lo justo, que llegaste a perder el sentido de la proporción de las propias sombras que dan relevancia a los cuerpos lumínicos. La claridad llegó a ofuscarte hasta el punto de que enceguciera tu mirada interior y de que fuera en tiniebla apretada donde discurriese tu última reflexión sobre la justicia. Tú, el juez inmaculado; tú, el magistrado sin achaques; tú, el sentenciador ecuánime, te volviste contra ti mismo y te creíste responsable de un delito fantasmal, para cuya purga nada encontraste más recomendable que tu propia muerte.

Mientras agonizabas junto al hornillo del gas, tu pensamiento pudo alcanzar la luz del final arrepentimiento. Meditaba Santa Teresa de Jesús sobre la suerte de honesta persona amiga, que se había lanzado desde un puente a las aguas del Tormes sonoro. A la Santa preocupaba el destino de aquella alma desesperada, y la meditación del caso la llevó cada vez a una mayor intensidad interrogante. Sosegó la inquieta Doctora cuando en su interior escuchó una

voz que le decía: “Entre el puente y el río hay espacio”. Tal vez, también, tú aprovechaste el espacio temporal que tardó en irse la vida de tu cuerpo asfixiado, para ganar, en una última reflexión de arrepentido, la gracia del perdón divino.

Me place, ¡oh, malogrado Giuseppe Manfredini!, imaginarte en compañía de los Justos que pueblan el Empíreo. Tu devoción a la justicia, tu empeño por hacerla llegar como partícula de luz a la vida doliente de los hombres, se compadece con la idea de tu arrepentimiento y de la gracia alcanzada en medio del estertor agónico. A favor tuyo ha podido intervenir Daniel, con la misma elocuencia con que supo defender a Susana de la perversidad de los lascivos jueces. Tú fuiste el Juez. Tú, fuiste, en realidad, una de las piedras resistentes sobre las cuales descansa la sillería de las repúblicas. No hay libertad, ni hay derecho, ni hay vida social allí donde la voz templada del juez no prevalece sobre la voz airada de autoridades que se creen dueñas de la vida, de la libertad y de la honra de los ciudadanos. Tú llegaste a ser la exaltación humana de un ánimo de justicia que, en extremoso afán de integridad, rom-

piste tu propia voluntad. Fuiste como cuerda finísima que de puro tensa para la nota perfecta dejase, al reventar, inconclusa la frase definitiva. Seguramente, tu espíritu compungido en el salvador minuto final que te acercó a la Eternidad, goce la paz de los justos y haya logrado tratamiento canónico en otra cuerda más alta para la frase musical soñada en tu anhelo de justicia. Amén.

Madrid, junio de 1956.

**RESPONSO AL GENERAL
JOSE MOSCARDO**

ENVUELTO en blanca mortaja y con el rosario entre las manos yertas, tu cadáver, ¡oh, ínclito general José Moscardó!, pudo ser tomado por el cadáver de un fraile. Ninguna diferencia existe, en realidad, entre un guerrero muerto y un penitente rendido. España, además, es país de santos, de poetas y de guerreros. Los santos, los poetas y los guerreros alcanzan un ápice común en la lucha que libran para ganar las escalas por donde suben a la eternidad. Eternidad de gloria en los anales del tiempo o eternidad de eternidades más allá de los vaivenes de lo pasajero. En el orden de lo nacional, el más grande de los capitanes de la reconquista es seguramente el santo Rey Fernando. En la categoría de los estadistas que dieron mayor contenido y más templada resistencia al Estado español, ocupa sitio preferente Francisco Jiménez de Cisneros, el recio franciscano que sobre el pacífico sayal antiguo vistió la agresiva armadura del Cruzado. En la jerarquía de los

grandes milicianos que defendieron a la Iglesia de la herejía protestante, tiene lugar principal el antiguo Capitán que en Pamplona sufrió la baldadura de una pierna y que, en el silencio poblado de altas voces de la cueva de Manresa, ganó piernas descomunales para trepar a las cumbres aspérrimas donde se alzan los alegres castillos del dominio interior. No eran gente de ímpetus bélicos Juan de la Cruz y Teresa de Jesús. Sus espadas fueron simples plumas de ganso, tajadas con el fino acero de la más recia fe y cebadas en la tinta milagrosa del amor a lo divino. Cuando la religiosidad decaía, fraile y monja se unieron para hacer la reforma de su orden y para armar la empinada escalera de cruces por donde el alma sube a los finos, secretos, maravillosos deliquios de la mística. Santo a su manera, poeta a su modo, guerrero a su estilo, Don Quijote resumió los ideales que definen al español como hombre y como pueblo. “Desfacer agravios y enderezar entuertos” es misión comprensiva de los más puros y nobles y activos valores cristianos. Sea así intemporal en los anales de España, pese a parecerse tanto al alucinado aventurero del siglo XVI, Don Quijote luce sublimada la hombradía y afinado el es-

píritu que dan carácter al siglo de San Ignacio y de San Juan de la Cruz. Don Alonso Quijano vivió alzado sobre escalas semejantes a las que cantó con angélico estro el dulce carmelita. San Ignacio, en gesto de cabal caballero, se creyó por un momento obligado, como auténtico Quijote, a desafiar y rendir al moro insolente que se adelantó a negar la virginidad inmaculada de la Señora Santa María. En la vida de estos santos, de estos poetas, de estos caballeros, no se acierta a precisar dónde termina y dónde comienza la zona que les fija sus cualidades determinantes. En todo son ellos españoles, que es tanto como decir recios, abnegados, sufridos, caballerosos, soñadores. Sobre la realidad ambiente, se mueven por sólo el espíritu. Para ellos, primero que el vivir está el saber que se vive para bien morir.

No precisa una visión de bandería, ni un sentido claro de lo religioso, para entender y valorar la inmensa vocación heroica y el aguzado talante piadoso de quien, como tú, ¡oh, glorioso general José Moscardó!, al asumir la rígida inmovilidad del cadáver, pudiste ser tomado por los despojos de un añoso fraile, macerado por las duras penitencias. Fuiste hombre de

fogosa fe cristiana. Encerrado en el Alcázar de Toledo —¡Toledo la imperial, donde resonó un tiempo toda la grandeza del alma española!— te sentiste Cruzado a la manera de Godofredo de Bouillón y de San Luis de Francia. Cuando más desesperaba la resistencia, cada vez menos segura por el acosamiento de los atacantes, la amorosa voz de tu hijo Luis —mozo de cortos años— te llegó a través del hilo del teléfono, para comunicarte, con toda la carga de angustia contenida en la palabra muerte, que de no rendir tú la fortaleza, el enemigo, que lo tenía por prisionero, le fusilaría irremediamente.

La historia de España ya había recogido el vigoroso ejemplo de Guzmán el Bueno, mirando impassiblemente desde la torre del homenaje del castillo de Tarifa, cómo era asesinado su hijo de nueve años, cuya vida le ofrecieron los moros por precio de la rendición. Los romanos, destinados a dar líneas perdurables y severas al Derecho, recordaban cómo Lucio Junio Bruto había confirmado la sentencia que condenó sus hijos a la muerte, por haber atentado contra la república. Los griegos sintieron admiración sombría por el intento de sacrificar

Agamenón a su hija Ifigenia, como oblación propicia para ganar de Diana el favor que salvara a la flota amenazada por los vientos. La Sagrada Escritura nos cuenta, en versículos de tetánico temblor, cómo Abraham no dudó en sacrificar a su hijo Isaac, cuando así lo pidió Yehveh como prueba de sumisión y de respeto. Guzmán el Bueno, Bruto, Agamenón, Abraham, te precedieron, ¡oh, ínclito general José Moscardó!, en el ejemplo de la terrible decisión de permitir que pereciera la vida en flor del hijo antes que dejar incumplido el altísimo deber en que estaban envueltos ora el honor del guerrero, ora la voluntad del español, ora la obediencia del creyente. Sois todos a una héroes de la impavidez que sabe domar el pavor que bordea, como hierba funesta, los precipicios de la desesperación.

Nos parece un hecho real e histórico porque ayer lo difundió en lenguaje nervioso de tragedia toda la prensa del mundo y porque ahora hemos visto la capilla mortuoria donde comienzas a descansar definitivamente. Dentro de algunos siglos, tu hazaña, ¡oh glorioso general José Moscardó!, parecerá historia tejida con laureles de mítica leyenda. Mientras el Alcázar

de Toledo pregone la magnitud del hecho, el visitante nuevo se rendirá a la realidad de los sucesos. Cuando la Historia alcance perspectiva más profunda, el Alcázar se esfumará en sus contornos de piedra, y tú y tu hijo y el diálogo trágico y la feroz resistencia y todos los valientes que revivieron a Sagunto y a Numancia, todo, todo subirá a los niveles de la desorbitada fábula y de ti hablarán entonces los hombres con la misma carencia de certeza con que nosotros escuchamos hablar de la venta donde veló sus armas nuestro señor Don Quijote, o de la playa libia donde Eneas reparó sus naves desmanteladas para proseguir la aventura que dio vida a la Roma inmortal. En el clásico país de los frailes, de los poetas y de los guerreros, tú fuiste, ¡oh, ínclito general José Moscardó!, un general efectivo. Eras un general que no miraste al vano lucimiento del uniforme ni al relumbrón sin transcendencia de los alamares y las condecoraciones, por donde algunos oficiales sin fuste parecen artillugios de quincalla. Tú te fijaste un deber y lo cumpliste. Por ser general y ser cristiano a la vez, amalgamaste en lo interior de ti mismo la recia estructura de los antiguos caballeros,

que en España desvelaron durante ocho siglos los ojos para hacer la reconquista cristiana de la Península. Como los aguerridos y hoscos Cruzados que buscaron la liberación del Sepulcro de Cristo, pudiste haber penetrado a caballo en los templos donde se distribuía como viático eficaz el Pan Eucarístico y donde, después, se repartían las cruces altivas que daban carácter exterior a los guerreros. Fuiste un general de verdad, que para defender tu fe de cristiano y tu palabra de militar, llegaste a los más angustiosos sacrificios que puede realizar criatura humana. Fuiste un general que a la técnica aprendida en las academias agregaste decoro, valor, audacia, austeridad y extraordinario espíritu de sacrificio, ingredientes todos que definen la autenticidad de quienes con fines de servicio se consagran a la disciplina de las armas.

En el mundo de la hora no existe sitio alguno —ya poblado de soldados, ya habitado por inermes hombres civiles— donde no se alabe en el tono más subido tu conducta extraordinaria. Aun los más rezagados pacifistas hacen un breve paréntesis a su desgana de guerra, para alabar el ejemplar contorno heroico que

supiste dar a tu figura excepcional, ¡oh, ínclito general José Moscardó! Los mismos que enjuician la guerra de España desde ángulo opuesto a los ideales que tú defendías, convienen sin reserva alguna en que te condujiste como auténtico general, a quien no arredraron el dolor y la desgracia propia y la desgracia y el dolor de la familia. General que te diste a tu causa, a tu doctrina y a tu fe, tu ejemplificas el héroe en su máxima amplitud de sacrificio. Los perfiles de tu gesta llegan a ser extraordinarios aún sin que se mida la resonancia de los principios que servían de motor a tu conducta. En cualquier escuela de guerra del mundo y sean cualesquiera la religión y la política que se profesen, puede y debe presentarse tu ejemplo como norma de conducta de un general. Fuiste un general de verdad. Fuiste un general con vocación de sacrificio y no un general con ansias de provecho; un general que, habiendo jurado servir, probaste con tus actos que mayor era tu estatura cuando aparecías ennegrecido y quemado por la pólvora y enflaquecido por el hambre y los desvelos, que cuando ostentabas bien ganadas bandas y lu-

minosas decoraciones en las ceremonias sin peligro.

Fuiste, ¡oh, ínclito general José Moscardó!, la reencarnación de un general de la España vieja, en quien, una vez muerto, apareció, con su perfil austero, el monje que duerme en el interior de los verdaderos caballeros cristianos. Envuelto en simple mortaja y no cubierto de charreteras y galones, has hecho tu último viaje al Alcázar que defendiste con ejemplar heroísmo. Ya has vencido a todos tus enemigos. Lo pasajero, lo superfluo, lo engañoso, no existe ya.

Todo lo vano pasó para ti. La gloria la dejas para ejemplo al mundo y por honra a tu estirpe. Espada y espuela de nada te sirven para la vida futura. Rosario en mano, como los sarmientos penitentes, has emprendido el viaje sin retorno. Para ganar a Cristo, segura es la vía interior de quienes se asen a la Cruz y a la oración, y no las brillantes jornadas de los Cruzados, que en vano derramaron la sangre generosa para la conquista material del Santo Sepulcro. En la Cruz minúscula de tu rosario llevas los mejores planos para la batalla defi-

nitiva, ora ya sin el hambre, sin la desnudez, sin los ardores de la resistencia numantina, que implantó tu nombre en los anales permanentes del heroísmo universal. Con las líneas que señala esa Cruz diminuta se ganan los caminos que van a los altos, maravillosos alcázares donde se sirve el vino que sacia a los espíritus sedientos de Dios. En ese tu alcázar nuevo ya no habrá para ti ni ardores, ni fatigas, ni asedios, ni tormentos. . . (*)

Madrid, abril de 1956.

(*) El cadáver del Capitán General don José Moscardó fue trasladado de Madrid a Toledo el 13 de abril, para recibir sepultura en el Alcázar, por él heroicamente defendido durante la guerra civil.

**RESPONSO AL ELECTOR DE
VOLUNTAD DE HIERRO**

En Trieste, Antonio Fonda, de cincuenta y cuatro años de edad, insistió en que tenía que votar en las primeras elecciones desde la devolución de Trieste a Italia, a pesar de encontrarse gravemente enfermo. Fue llevado a votar en una camilla, y tres horas después falleció.

“Informaciones”, Mayo, 28.

A LA PARIHUELA te hiciste llevar desde tu lecho de dolor hasta la mesa electoral, ¡oh, Antonio Fonda!, a fin de emitir tu voto en las primeras elecciones celebradas en Trieste, después de su reincorporación a la madre Italia. Estabas gravemente enfermo, mas escuchaste en lo interior de tu conciencia de patriota la voz de un mandato indeclinable.

Bien mediste las flacas fuerzas que sostenían tu desmedrado cuerpo; sin embargo, insististe en que los tuyos te condujeran hasta la urna donde se recogían los votos de los ciudadanos libres. Pusiste el voto que te dictó tu albedrío y luego la muerte se enseñoreó triunfal sobre tu agotada naturaleza.

Como mera anécdota la Prensa anunció la noticia de tu fallecimiento. La gente frívola la recibió con la misma curiosidad intrascendente con que se impuso de que el Presidente Gronchi hubo de presentar sus documentos de identidad

para poder votar. Tal vez quienes no piensan en el valor cívico de este hecho, ríen de la simpleza del Jefe de Estado que necesita probar su carácter de votante al igual del obrero modesto que le antecedió en el acto material de consignar el voto. Menos medirán la dimensión moral de tu conducta quienes no sepan que el sufragio del pueblo es el sustituto cultural de los viejos sistemas de imponerse los hombres por la fuerza en el cuadro de los mandos sociales. Hubo tiempos en que los hombres graduaban su fuerza por medio de la tétrica operación de segar cabezas humanas. La técnica moderna del Poder ha creado una distancia abismática en la manera de contar las cabezas. Ayer se hizo el recuento en el suelo. Tanto más poderoso era el hombre cuanto mayor fuera el número de cabezas enmudecidas que rodasen por tierra como fruto de la brillante violencia guerrera. Hoy, la fuerza de un hombre se calcula por el número de cabezas que hablen a su favor en el terreno del sufragio.

El derecho de hablar en esa justa nueva, te llevó medio muerto hasta la urna electoral. En el radio reducido de tu mundo cívico, ibas a

librar una verdadera batalla. Para seguir en Trafalgar luchando al frente de su nave capitana, el heroico Almirante Churruca se hizo colocar dentro de una cuba de arena por donde pudiera ser detenida la copiosa hemorragia que adelgazaba el hilo de su vida. También tú, ¡oh, férreo Antonio Fonda!, tenías conciencia de que participabas en una batalla enderezada a ganar mayor resistencia para tu municipio y tu república. A la hora actual, los bandos que buscan el gobierno no van a la guerra sangrienta sino al combate cívico. El arma del ciudadano es el voto. En el frágil papel se concentran tanto la antigua fuerza que hinchó el músculo armado del hacha o de la cimitarra, como la visión certera que acompañó al proyectil mortífero en su parábola de ruina. El voto testimonia la razón de ser de las repúblicas. Derecho y función, en él aposenta la fuerza del pueblo. Moribundo, tú fuiste a ejercer ese derecho y a cumplir esa función mucho más imperiosa y mucho más reclamada en ti, por cuanto era la primera vez que en Trieste se votaba después de su retorno feliz a la unidad italiana.

Sabías, ¡oh, ignorado Antonio Fonda!, que sumando tu derecho electoral al derecho de los demás italianos capaces de actividades de sufragio, ejercías mancomunadamente el derecho de soberanía electiva que caracteriza a los pueblos democráticos. Estabais todos plenamente ciertos de que la mayoría que pudierais llegar a formar se convertiría irremediabilmente en poder de administración, sin sombra alguna de duda que os llevara a sospechar la ineficacia de vuestros votos. Sabíais todos los italianos que votasteis en la jornada cívica de mayo último, que erais en realidad el pueblo que expresaba su voluntad decisiva, y en ningún momento llegasteis a pensar que los ciudadanos armados —bersaglieri, carabinieri, ejército regular— pudiesen atentar contra la fuerza de los votos de la mayoría vencedora.

Afincado en la certidumbre del respeto que a las autoridades todas, y en especial a las fuerzas armadas, impondría el resultado electoral, te hiciste conducir, ¡oh, buen ciudadano Antonio Fonda!, hasta las mesas de votación. Estabas cierto de que ibas a ejercer la plenitud de tu sagrado derecho de ciudadanía. Ibas con la conciencia del obrero que se sabe responsa-

ble en la obra planeada por el aparejador certero. Sabías que en la batalla cívica que libraba el pueblo italiano eras tú un capitán igual al más encumbrado de los votantes de la república. Tu voluntad de ciudadano tenía en el momento del voto dimensión igual a la voluntad del Presidente, a la voluntad del Cardenal, a la voluntad del poderoso jefe de empresa. Todos erais en aquel momento representantes de la misma y total soberana voluntad del pueblo de Italia.

Por alcanzar un laurel lucharon los antiguos atletas y se sacrificaron los héroes impávidos. Donde la democracia funciona —aún aliada con formas monárquicas, como en Inglaterra, Holanda, Bélgica— el voto es el instrumento con que se ganan las grandes lizas políticas. El ciudadano que marcha hacia las mesas electorales es una manera de capitán que se encamina al campo de batalla. La fiereza antigua ha sido reemplazada por la altiva compostura de quien se sabe defendido por la fuerza de las leyes y no por la ley arbitraria de la fuerza. Sin salud para intentar la marcha del hombre corriente te hiciste llevar a la parihuela, como capitán herido, para hacerte presente en el

campo de la litis cívica. Te interesaba cumplir tu deber de ciudadano. Te preocupaba el destino de la región, de nuevo puesta a ritmo con la marcha de la gran patria italiana. A la hora de la muerte, te pareció mejor que el descanso de la cama muelle la satisfacción secreta de haber ejercido el alto, austero, noble derecho de participar en la elección de los funcionarios de tu ciudad.

Para librarse de un castigo infamante San Pablo invocó su carácter de ciudadano romano. Serlo, era en realidad un derecho y un orgullo. Para ti, ¡oh, bondadoso Antonio Fonda!, fue también un alto orgullo ejercer la ciudadanía italiana, con cuyo título entrabas a participar en la elección de las nuevas autoridades de Trieste. Eras un patriota capaz en otro tiempo de haber derramado tu sangre por Italia. A la hora de la realidad cívica del pueblo fuiste moribundo a consignar tu voto en el foro de un derecho que pide al hombre reflexión y no violencia para escribir sus actos.

Al pueblo que fraguó las normas severas de la más encumbrada legislación que conocen los tiempos, y sobre la cual aun tienen eficaz so-

porte muchas instituciones jurídicas de Occidente, bien va el cambio de altar para los sacrificios por la Patria. Pedían los viejos dioses sangre de animales, y aun sangre humana, para sosegar en su ira y su venganza. Han reclamado, también, las naciones estrépito de ejércitos y amenaza de combates, para asentar su grandeza y su prestigio. Una pedagogía más humana y fácil pide que los hombres discurren en la paz engendradora al amor de un severo cumplimiento del deber de convivir. Desarmados y alegres, los pueblos pueden dirimir por medio de ancho y jubiloso diálogo sus problemas ingentes. No se necesita que los unos dominen a los otros, sino que unos y otros —hombres y pueblos— comuniquen entre sí la abundancia y remedien mutuamente sus carencias. Con ojo zahorí Fray Luis de Granada descubrió en pleno siglo xvi las bases para un sistema efficacísimo de filosofía económica y de política internacional, cuando dijo que “queriendo el Creador amigar entre sí las naciones, no quiso que una sola tuviese todo lo necesario para el uso de la vida, porque la necesidad que tienen las unas de las otras, las reconciliase entre sí”. Miró el gran maestro

de la ascética cómo la necesidad, es decir, la indefesión, obliga con el peso de la ley imperiosa a la relación amigable de los hombres. A ningún pueblo dio la Providencia todo lo necesario para la perfecta autarquía. Ningún hombre tiene, tampoco, a su disposición las facultades y recursos que reclaman sus urgencias. Hasta del analfabeto ayuda de cámara necesita el encumbrado sabio, con la misma precisión que el ignorante necesita sus consejos. En el orden universal de la vida, los hombres coexisten con otros hombres. Coexisten para la intercomunicación inteligente y fecunda. No existen unos frente a otros en actitud de rebatiña. Existen en función de conjunto, de condominio, de coparticipación, de convivencia. Puestos a un lado el odio, la refriega, la violencia como sistema de vida, la igualdad de aspiraciones y de derechos mueve las masas ordenadamente hacia las mesas donde se cuentan las papeletas expresivas de la voluntad de obrar de los ciudadanos.

Sobre la lucha antigua, el voto representa la vocación del hombre que camina los caminos de la cultura y de la paz. Pacíficamente fuiste, ¡oh, empeñoso Antonio Fonda!, hasta el sitio

donde te correspondía expresar tu albedrío de ciudadano. Cumpliste tu deber, y en seguida entregaste tu espíritu al Señor. Moriste como antiguo romano, en quien el celo por la república había creado vivencias estimulantes. Sabías que el pueblo es el soberano y tú te sentiste pueblo. Todo lo que han enseñado los grandes iusnaturalistas de ayer y de hoy, tú lo sabías y lo sentías con ejemplar sencillez cívica. Sobre tu ánimo pesaba la certeza de que Dios comunicó a la sociedad el Poder de gobernar y dirigir. Contra la soberbia de los reyes, los grandes teólogos sostuvieron la doctrina que prefiere al pueblo como intermediario entre la ley eterna y el ordenamiento positivo. Tú fuiste a sumar con tu voto la partícula de voluntad divina que en ti residía, a los millares de idénticas partículas en que se disuelve y con que se articula la voluntad del pueblo. No sólo cumplías un deber de servicio político, sino una función que tiene sus raíces ontológicas en los secretos abismos de la Sabiduría increada. Fuiste a ejercer el alto, noble, generoso atributo de racionalidad por donde gana resonancia la pacífica convivencia que hace la paz de las naciones.

Héroe inadvertido de un cívico deber, tu muerte, ¡oh, bondadoso y cumplido Antonio Fonda!, es testimonio de un fino sentido responsable y testimonio, al mismo tiempo, de tu fe en las instituciones en cuyo nombre se convocó al pueblo para que expresase su libre voluntad de sufragio. Se te puede invocar como ejemplo de fe en la fuerza de la república. Jamás hubieras pedido tu traslado a la mesa electoral, si en tu espíritu hubiera apuntado sombra alguna de duda sobre la eficacia que ante las autoridades tendría tu voto libre. Fuiste a votar porque sabías que tu deber y tu derecho no serían burlados. Sobre la certeza de que eras una voz del pueblo soberano, realizaste el esfuerzo que te precipitó la muerte. De haber vivido un poco más y de haberse dado el hecho insólito de que las autoridades desconociesen el resultado de las elecciones, seguramente te habrías hecho trasladar a la plaza pública para engrosar la voz de la protesta colectiva y para dar ejemplo teórico de que la dignidad cívica la pagan los pueblos con moneda de sacrificio. . .

Descansa en paz, ¡oh bondadoso y entusiasta Antonio Fonda! En silencio cumpliste tu deber

con la misma dignidad con que los Gracos supieron dejar la huella de su nombre en los anales de la República romana...

RESPONSO A 4 VICTIMAS DEL ODI EN CHIPRE

PENDIENTES de trágica cuerda, vuestros cadáveres, ¡oh, desafortunados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, son testimonio desesperado y veraz del odio espantoso que ha hecho presa en la isla hoy sin ventura, célebre ayer en los anales del placer y la alegría, por el vino deleitoso, cantado en sonoras estrofas por altos y finos poetas. La venganza de un pueblo ofendido puso mano en vuestra promisoría juventud y cobró con vuestras vidas la muerte arbitraria a que las autoridades de ocupación condenaron a dos jóvenes chipriotas.

Sangre y odio son el ingrediente con que hoy se aliña la vida de los hombres que habitan la antigua isla de Afrodita, cuya mayoría reclama que se le permita decidir su suerte cívica y unir su destino político al destino de la noble Atenas.

Ayer la feroz justicia de ocupación ordenó el ahorcamiento de los fogosos chipriotas Miguel

Karaolis y Andreas Demetriu, empeñados en recia lucha por la *enosis* que dé continuidad al disperso gentilicio griego. Por las venas de las infelices víctimas corría la misma sangre altiva de los antiguos patriotas, que al amparo de Inglaterra lucharon en las primeras décadas del siglo XIX contra el turco opresor. Lord Byron sintió como propio el dolor de los griegos esclavizados, y sobre las aguas pobladas de leyendas heroicas navegó en rápido yate que ostentaba como alegre promesa de triunfo el nombre de *Bolívar*. Para unir su memoria al ardoroso empeño de los patriotas que luchaban contra la Media Luna, en la resistente Misolonghi se durmió en la muerte el soñador poeta de la libertad. Se sintió el gran vate voz propicia de una potencia empeñosa en libertar el suelo nobilísimo, donde en la era de la fábula había afincado el leve pie Minerva y donde habían susurrado su misteriosa canción las abejas que nutrieron los sueños dispares de Platón y de Anacreonte. Flotaba entonces por el mundo un aire entonado con voces que invitaban a la libertad y a la justicia. Grecia renacía de un letargo secular, y en su juventud apuesta, la sangre y el espíritu proclamaban la pre-

sencia de un glorioso parentesco con los héroes de Salamina y las Termópilas. El león británico enaltecía, a la vez, sus garras y colmillos haciendo suya la causa de la libertad helena. Inglaterra, al aliarse a Grecia, asumía la función tutelar de Occidente, enfrentado, como en la época de las guerras médicas, a la penetración en Europa del mundo oriental. Sobre el suelo humillado de la Hélade renació luego el orgulloso gentilicio que arraiga con Hefaiostos y con Dédalo en la génesis mitológica de la plástica y que distingue desde Parménides, en el mundo del tiempo, la reflexión profunda sobre las esencias de la vida. Inglaterra, al asumir más tarde la protección del suelo de Chipre, alentaba la tradición de hombres para quienes el mejor de sus títulos son los nexos que enlazan su cultura con la cultura alentada bajo la sombra propicia de los olivares de Palas Atenea.

Ayer Inglaterra estimuló la lucha por la libertad y la unidad de los griegos. Hoy, como sarcasmo funesto, os expone a vosotros, ¡oh, desafortunados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, a ser víctimas de la venganza griega, que en

vuestra carne rebotante de ímpetu vital, cobra el injusto y feroz ahorcamiento de enérgicos chipriotas, empeñados en ganar la decorosa autonomía de la isla donde Pablo y Bernabé anunciaron el mensaje de Cristo.

Para vengar a los héroes de la resistencia patriótica, vosotros, ¡oh, pobres y oscuros soldados!, habéis sido elegidos como víctimas propiciatorias. Vosotros, ¡oh, desafortunados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, nada teníais que hacer con el crimen que ha segado la vida de los ardorosos chipriotas. Vosotros erais apenas un par de buenos muchachos, llevados a filas en nombre de un deber nacional, que, desgraciadamente, se confunde en sus hondas y secretas vertientes con el anhelo de dominio de los poderosos. Vosotros sois, en último análisis, víctimas inocentes de los fabricantes de guerras e incautos sostenedores de las ficticias necesidades que mantienen el ritmo creciente de la industria de armamentos.

A los alegres muchachos ahorcados por la justicia británica, se les recordará como a héroes viriles de una causa noble. Mañana se dirá que Miguel Karaolis y Andreas Demetriu ofrenda-

ron sus vidas cargadas de promesas a la causa de la dignidad de Chipre. En las escuelas griegas se sumarán sus nombres a la lista infinita de héroes que desde los tiempos de Homero se han sacrificado por el decoro de la Hélade. Atenas, la ciudad sagrada, ya dio sus nombres a una vía pública y en breve el bronce mantendrá visible la figura de los nuevos héroes al lado de las columnas seculares donde se afina la memoria de los viejos dioses paganos. Los llorarán las madres desoladas, los recordarán las novias aflictas; empero, las lágrimas de novias y de madres mantendrán fresco el laurel que el pueblo ha sembrado sobre sus tumbas tristes. Vuestra muerte atroz, ¡oh, desafortunados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, la llorarán apenas vuestros deudos desolados. No se os citará como héroes de noble resistencia alguna. La Historia recogerá el recuerdo de vuestro sacrificio como doloroso testimonio anónimo de la crispatura de la garra opresora del agónico imperialismo. No sois soldados de causa alguna que reclame las palmas y la gratitud del hombre. Sois, por lo contrario, instrumentos ciegos de un terco poder que insiste en no avenirse con la transformación que re-

claman los aires justicieros del tiempo. Sois meros soldados sin ventura, ofrenadados al Minotauro feroz de la guerra sin razón. Simples, buenazos, enérgicos, fuisteis escogidos para vigorizar con vuestro ímpetu y vuestra capacidad resistente el aparato temible de que Inglaterra se vale para hacer sentir en Chipre, tanto como en las Guayanas, como en Gibraltar, como en Belice, como en Kenya y como en mil otros sitios del mundo esclavizado, la presencia de su dominio imperial. De vuestras islas afortunadas fuisteis sacados para sembrar el terror en el orbe. En vuestras islas la vida humana discurre rodeada de seguridad y de respeto. En pocos sitios de la tierra el hombre se siente tan hombre como en suelo británico. Con supersticiosa pasión, las autoridades del Imperio defienden todos los derechos y todos los privilegios que en el orden cívico y en el orden social corresponden a los súbditos dichosos de su Graciosa Majestad la Reina Isabel II. Altivo, entero, pleno de consideraciones y de garantías, al inglés parece que le doliera compartir con los demás hombres los derechos que hacen digna la existencia. En Africa, en Asia, en América, en el propio Mediterráneo, de ex-

traordinaria jerarquía en la valoración histórica, Inglaterra olvida la proximidad que nivela las aspiraciones de los hombres. En sus Universidades defiende los más nobles principios de justicia, pero en su práctica internacional olvida los más elementales derechos del hombre y no se desdeña de hacer causa común con los verdugos que azotan países incursos en su órbita económica. Para librar las duras batallas que hacen vigorosa más allá de las aguas insulares la autoridad británica, es invocado el patriotismo y aun llegan a ser desglosadas ideas con tintura liberal; mas, así sea mucho el bulto del falso razonamiento, la verdad termina por ganar la batalla, y espíritus de calidad, como el frustrado Eduardo VIII, al referirse a la guerra de los boers, han comprendido que fue aquella “una guerra imperialista, hecha con fines algo menos nobles de lo que entonces se decía”.

Indomables las ansias de dominio imperial, Inglaterra mantiene en su aventura colonial el mismo espíritu que tiñó de crueldad la guerra boer. Ese espíritu —o, para decir mejor, ese antiespíritu— echó garra de los jóvenes chipriotas Karaolis y Demetriu, cuya muerte vio-

lenta habéis pagado vosotros, ¡oh, desventurados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, vosotros que apenas erais irresponsables rodajas en la maquinaria opresora de la enloquecida sociedad capitalista, tercamente negada a transformar sus sistemas de provecho. Vosotros, los frescos, jubilosos, valientes soldados que formáis los cuerpos donde apoya su potencia un régimen de explotación, que se atreve a invocar aún supuestos cristianos para legitimar su rígida permanencia en el orden del mundo. ¡Vosotros, sí, las víctimas sin nombre del ansia de los poderosos, sois quienes pagáis el odio que debería caer sobre las cabezas que dirigen el terror!

Súbditos espirituales del vejado y enérgico Patriarca Makarios, adoraban Karaolis y Demetriu al mismo Jesús que San Pablo predicó a los paganos chipriotas del primer siglo y que vosotros recibisteis, a través del episcopado británico, del grande Apóstol Agustín de Cantorbery. En el fondo de ambas confesiones sistemáticas alumbraba la misma enseñanza de caridad que forma la esencia de la verdadera doctrina de Cristo. Pero, ¿piensan los pretensos abanderados del Señor, ayer mirados

por nosotros mismos como defensores de la Fe, que pueden ganar la batalla a las fuerzas del ateísmo materialista, cuando entre sí se destrozan y se niegan como valores sociales? ¡Oh, delirio agonizante de un sistema que para defenderse del enemigo exterior, comienza por negar dentro de su propia estructura la eficacia de los valores que pregonan como lema de combate! De nada les sirve el fecundo y peligroso ejemplo de alianza del irreductible mundo islámico, para intentar la unión, sobre activas y generosas realidades cristianas, del sistema que pomposamente se dice interesado en la defensa del mundo occidental, mundo, en realidad, maravilloso y que en sí no es otra cosa que el pensamiento griego iluminado por las luces de la revelación de las esencias sutiles, soberanas, creadoras del Cristianismo.

Mas le reflexión, ¡oh, víctimas infelices del odio que sopla en la isla de accidentada historia!, ha sido sustituida por una delirante visión de pesadilla, y en nombre de ese delirio se os sacrifica a vosotros, ¡oh, infortunados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, y se sacrifica a la vez a Miguel Karaolis y a Andreas Demetriu. Estos por defender el derecho legítimo

a la autodeterminación política; vosotros, por servir el sistema que se empeña en dominar a los pequeños, so pretexto de asegurar un ficticio orden, que en vano se intenta vestir con categorías cristianas. Unos y otros habéis invocado el nombre admirable de Cristo cuando el odio anudaba la cuerda del crimen en vuestras anhelantes gargantas. Vuestros labios resecos por la agonía tuvieron el dulce alivio de la misma oración contrita. En medio del terror que ha hecho de Chipre un Infierno abreviado, vuestra angustia postrera os sirvió de pulimento espiritual. A la piedad es grato imaginarnos a todos cuatro haciendo corro en torno al Arcángel Miguel, mientras éste pesa las almas recién llegadas al Cielo. Víctimas del odio y de la incomprensión, el ardor con que aquéllos lucharon, la obediencia con que vosotros servistéis, os absuelve de culposa intencionalidad, y, sobre todo, es tan grande el número de los que se salvan por la sangre de Cristo, que el teólogo más exigente daría prenda de que estáis vosotros cuatro gozando por igual las claridades de la Luz Eterna. Ante la mirada piadosa de Dios, Inglaterra y Chipre son puntos apenas en el incidente del hombre que pretende

fijar en temporalidades sin trascendencia el destino del mundo. Vosotros cuatro, ¡oh, infortunados Miguel Karaolis, Andreas Demetriu, Gordon Hill y Ronnie Smilton!, lucís ya la impronta de la Divinidad que salva, contra toda la maldad de los hombres y de los imperios, el destino supremo de las almas...

Madrid, 12 de mayo de 1956.

RESPONSO A LAS VICTIMAS DE LA TRAGEDIA ARGENTINA

UNO tras otro, ¿cuántos habéis caído bajo el peso funesto de las condenas de muerte? El de más nombre eras tú, ¡oh desventurado General Juan José Valle!; los otros eran como tú oficiales del Ejército, que juntos probasteis fortuna para alcanzar el Poder. Las noticias os presentan como servidores de fuerzas extremistas, unidas a quienes ayer se dijeron portavoces del pueblo. Para lamentar vuestra muerte poco me interesa la orientación específica de vuestras presuntas ideas políticas, que en el presente caso tienen por gravedad que lindar con algún plan comunista, según la técnica de los regímenes que en América buscan el apoyo de los llamados grupos de orden; vuestro caso me duele como testimonio de la barbarie que de nuevo ha hecho presa en el cuerpo sacrificado de nuestra América española.

Si forzosamente me separa el Atlántico del mundo llamado de la esperanza, en cambio,

para mí América comienza en mi propio costado. En función de leyenda alguien dijo que América colinda al Este con la mitológica Extremadura de Cortés, de Pizarro, de Orellana y de García de Paredes. Hoy vivo en la vecindad de esta región, privilegiada por ser cuna de los hombres mayores que hicieron la conquista de las nuevas Indias; mas, su relación genética con nuestro burlado Continente, al igual que la profunda relación de toda España, apenas sírveme para recordar con mayor intensidad la epopeya homérica de donde surgieron nuestros pueblos. El mundo de América comienza para mí en el cascabullo de mi conciencia de hombre. El odio mostrenco me arrojó ayer de mi Patria original; mas, cuando abandoné sus dulces playas y me alejé de su cielo luminoso y límpido, sentí que conmigo viajaba Venezuela, convertida en dolor y en esperanza. En mi sangre, en mis huesos, en mi espíritu escucho permanentemente con verdadera sensación de cercanía el palpitar vigoroso de la Patria prohibida. Me faltan muchos de los afectos inmediatos, pero escucho el torrente del tiempo que me impulsa con su fuerza insobornable y que me hace sentir cómo la sirvo mejor

con mi angustia en suelo extraño que bajo sus mansos aleros a trueco de ignominia. Mientras otros callan, yo tomo la voz de quienes sufren y confían en el despertar de la abatida libertad. Mientras allá es destrozada la tradición y se arruinan los más puros valores de la Historia, yo me sé «la voz antigua de la tierra».

Pero, ¡oh, infelices víctimas de los odios fratricidas!, mi dolor de patriota no está confinado entre los linderos de mi Patria venezolana. Como buen hijo de América, pienso en una Patria mayor que la Patria de mis padres inmediatos. Pienso en nuestro Continente hispánico como una unidad incomprendida y burlada por quienes buscan de enseñorear sobre la anarquía de sus pueblos y de sus hombres, y por quienes para saciar ingobernables apetencias, hacen el juego a los intrusos explotadores de nuestra riqueza. Para mí Argentina es Venezuela y Venezuela es México, porque las tres son porciones y no partes de una maravillosa unidad, que si bien surgió a la vida independiente bajo el signo de la variedad política, era lo que era y realizó la gesta magnífica que da lustre a sus anales, por haber constituido una poderosa unidad, en titánico esfuerzo ex-

tendida hasta los confines donde comienzan a morir en el Norte los Montes Rocosos y hasta las heladas tierras sudeñas que descubrió el audaz Magallanes. Una fue la lucha que igualó en sentimientos a los patriotas del Sur con los patriotas del Centro y con los patriotas del Norte. La palabra que animó a San Martín y a Rivadavia andaba igualmente suelta y vibrante en las concentraciones populares donde cobró fuerza de perennidad histórica el verbo de Bolívar y en las reuniones sigilosas de donde salió el mensaje rebelde de Hidalgo y de Morelos. Cuando declinaba el gran siglo de la libertad, en Hostos y Martí tomó de nuevo cuerpo para impulsar la independencia semi-frustrada del luminoso archipiélago caribe; y cuando se la miró burlada y escarnecida aún por los que se dijeron celosos de la dignidad de América y rendidos guardianes de su historia, siguió viva, como eco y alerta de una razón y de un deber, en la conciencia de hombres que, si bien carecen de medios para realizar las acciones condignas, levantan el tono de la voz para que se sepa cómo en medio de la apretada media noche hay espíritus que esperan vigilantes las luces de la aurora.

Cuando de Argentina me llega el anuncio de los atroces fusilamientos con que las autoridades del momento han dominado la rebelión por la que habéis pretendido ganar en los mismos andurriales de la violencia las cimas del Poder, yo no escuché la angustiada pasión de un pueblo extraño que debate por medio de la fuerza bruta sus problemas de gobierno, sino un nuevo eco sombrío de la barbarie que vuelve a imperar en la mayoría de los países americanos. Con la misma aguzada sensibilidad con que Francisco Luis Bernárdez —el altísimo poeta que en buena hora descubrió «que no hay ser con quien no tenga parentesco»— pudo recibir el aviso de vuestra muerte, bajo el plomo de las sentencias sumarísimas, así llegó hasta mí, ¡oh, infelices víctimas de la trágica lucha argentina!, la noticia de vuestro inmisericorde fusilamiento. Más que oficiales y políticos de la gran República rioplatense érais ciudadanos de América y, en consecuencia, hermanos míos en un destino interrumpido por la desorientación tremenda que preside nuestra marcha discorde de naciones.

Parece mentira, pero es un hecho indiscutible nuestro regreso colectivo a las vigiliias de 1810.

Después de que ganamos en homérica jornada la emancipación de nuestros pueblos, se quedaron éstos en actitud de compartimientos estancados, sin interés alguno por los problemas del vecino. Durante mucho tiempo nuestra relación se miró como si estuviese sólo encaminada a discutir problemas de fronteras más o menos extensibles. En nombre de esos problemas se produjeron en nuestra América mestiza casos tan cargados de dolor como la guerra del Pacífico, como las luchas de Colombia y Ecuador con la República del Perú, como la espantosa guerra que en el Chaco promovieron los dirigentes de las compañías interesadas en los monopolios del petróleo, como la desgraciada aventura suscitada entre Guatemala y Honduras por los intereses voraces de las compañías fruteras, como el asesinato de millares de negros indefensos en la frontera haitiano-dominicana.

La asociación con el Norte, que en 1812 miró Monroe como posibilidad de «provecho» para nuestros países en germen de independencia, ganó al fin camino con la política de Blaine, por donde el sentido primario de la hispano-americanidad se subordinó a un panamericanismo dirigido desde Washington, en cuyas

fórmulas no entra el valor conjugante de la comunidad antigua, sino el nexo individual y directo de cada país con el Departamento de Estado, interesado —como es lógico, por provechoso a sus intereses privativos— en la poca solidez de las relaciones grupales de nuestros países criollos.

Siglo y medio a la vista de nuestra heroica, abnegada, sangrienta lucha independiente, pareciera que el viejo eje de la subordinación a la Corte de Madrid renaciese confundido con el meridiano de la Nueva Inglaterra. Quienes miran con ojo vigilante este doloroso desplazamiento de los husos imperiales, sienten cómo nuestros tiempos reviven, en realidad, la inquietud, la angustia, el desasosiego que llenaban por 1810 las vigilias de nuestros Padres. Entonces Inglaterra nos prometía seguridades contra el peligro napoleónico. Hoy, Estados Unidos nos ofrece garantías contra el riesgo comunista. La campaña de los británicos del siglo pasado se convirtió en ayuda para la libertad, bien compensada, es cierto, por medio de altos intereses para los empréstitos y de facilidades para el comercio y las industrias. Hoy, Estados Unidos nos habla del deber de defen-

der la amenazada libertad, mas al mismo tiempo declara buenos medios para hacerlo, confiar su guarda a quienes se han veteranizado en los más eficaces sistemas de destruirla. Se alaba la libertad y se pondera la política de los déspotas; se exalta la dignidad del hombre y se premia a quienes la destruyen. Es difícil pensar que en los primeros años del Cristianismo algún Obispo hubiera confiado la custodia del Pan Eucarístico a los fornidos atletas que en el circo romano cuidaban las fieras a cuya voracidad eran entregados los fieles perseguidos. Hoy, sin embargo, vemos dar prenda respetuosa a los que, sobre destruir nuestra libertad doméstica, adversan los sistemas encaminados a hacer práctica la integración de nuestro viejo mundo latinoamericano.

Cuando los problemas de América se contemplan en su vasta totalidad continental, el atroz fusilamiento de vuestras personas, ¡oh, infelices rebeldes argentinos!, es un problema de dolor, que interesa por igual a los demás hijos del Continente. Estamos, como los lobos, destruyéndonos unos a otros, cuando debiéramos cerrar filas, en lo nacional como en lo internacional, para hacer un frente cívico que defienda el des-

tino moral de nuestros hombres y el destino total de nuestros pueblos. Si allá y acullá se propende al progreso material, por donde alcanzan despacho los intereses del capital internacional y por donde se justifican las jugosas participaciones financieras de los poderosos, en el orden de nuestra realidad de pueblos dejamos crecer la maleza bárbara, a cuya sombra funesta regresamos fácilmente hacia la anarquía disolvente. ¿Qué se hicieron las palabras solemnes y esperanzadas de Bello, de Irisarri, de José Cecilio del Valle, de Sarmiento, de Alberdi, de Lastarria, de Bilbao, de Toro, de Montalvo, de Justo Sierra, de Máximo Jerez, de José Mármol, de Cecilio Acosta, de Justo Arosemena, de Miguel Antonio Caro, de Carlos E. Restrepo, de González Viquez, de Drago, de Rodó, de Ugarte, de Darío, de Arguedas? ¿Dónde el fruto de sus prédicas de respeto a las leyes, a la sociedad, a las personas? ¿Dónde la dignidad pregonada como meta por los gobiernos? ¿Dónde el empeño aconsejado para salvar nuestra libertad y nuestra dignidad de pueblos? ¿Dónde los esfuerzos por perfeccionar el tesoro valentísimo que para nosotros trabajaron los arquitectos de la tradición?...

Han sonado en el corazón de Buenos Aires los disparos fatales que dejaron sin palabra vuestros labios rebeldes, ¡oh, desdichadas víctimas del drama argentino! Su eco inmediato ha debido destrozar los oídos de Alfredo Palacios, de Arturo Frondizzi, de Carlos Sánchez Viamonte, de Carlos Cossío, de Francisco Romero, de Mario Amadeo, y los oídos de cuantos pregonan la necesidad de que sea el debate cívico y no el empuje brutal de los fusiles lo que decida la suerte de los pueblos. Fuera de la ilustre y aflicta capital argentina han repercutido, también, las detonaciones mortales. En Europa vuestra muerte ha sido mirada como testimonio de la angustia que vive la gran nación rioplatense. Los disparos que segaron vuestras vidas son, en cambio, agudas notas apenas en el desconcierto que en nuestras repúblicas pareciera dirigir un Lear frenético. Por haber sido dictadas a pleno sol y en frases completas las sumarísimas sentencias que os privaron arbitrariamente de vida, se las mira como expresión de extraña violencia. Las autoridades que sancionaron vuestra muerte asumieron, sin embargo, ante la Historia, la responsabilidad del hecho atroz. Pero, ¿las sentencias que se cum-

plen a puertas cerradas en las cárceles sombrías, en las calles colmadas de transeúntes, en los caminos solitarios, en las aldeas y despoblados indefensos, en calles aún de ciudades sometidas a jurisdicción distinta de la jurisdicción de los déspotas que ordenan los crímenes? ¿Qué decir de esos procedimientos tremendos que se cumplen con complicidad de la técnica y consejo de doctores, por medio de los cuales los sabuesos del falso orden procuran descubrir el pensamiento de quienes adversan la barbarie reinante? ¿Qué código, fuera de las leyes del odio y de la crueldad, puede justificar la presencia en tierras extrañas de verdaderas migraciones de familias que fueron arrojadas de sus lares tradicionales por la saña perseguidora de los detentadores del Poder?

Para quienes conocen el fatal retorno de la violencia y el terror como métodos de gobierno en numerosos países de América, toda la tremenda tragedia continental revive al eco medroso de los disparos que ocasionaron vuestra muerte. La tragedia no sólo opera en Argentina. Lo que ocurre en vuestra convulsa Patria es apenas una escena sombría de la obra de regreso que sufren hoy gran parte de nuestros pueblos enga-

ñados. Dentro y fuera se atenta contra el valor de las instituciones democráticas. Se las vilipendia por quienes ganan con el mantenimiento de los sistemas irresponsables; se las ataca por quienes niegan al pueblo no sólo el uso de los derechos políticos, pero aun el simple, elemental, desnudo ejercicio del derecho humano de comer completo y de reír como ríen los demás hombres. Y como en el estrado de la democracia se hacen oír las voces que promueven el proceso crítico enderezado a descubrir las turbias operaciones de los aprovechadores y de los capataces del dinero, las poderosas fuerzas reaccionarias buscan de silenciar las palabras que denuncian su alianza con los sombríos grupos opresores. Buscan silenciarlos aun por medios que no excusan el sacrílego empleo de las nobles, altísimas, sagradas consignas cristianas. Aún de asperges simoníacos se valen los tiranos para hacer creer que defienden las propias virtudes cristianas, por donde se ha visto el hisopo en manos sacrílegas bendiciendo antros de tortura...

En el orden privativo de lo argentino, el movimiento político que encabezásteis y que pagásteis con la pérdida de vuestras engreídas cabe-

zas, debió de haber esperado, para lanzarse al debate fecundo, a la hora prometida de los comicios decisorios. En el paréntesis *de facto* que sufre la nobilísima nación argentina, vuestro propósito primordial ha debido de estar encaminado hacia la efectividad de las anunciadas elecciones. Como militares, vuestra obligación era meditar acerca del carácter pasivo de las fuerzas armadas. Servir a un contragolpe era dar un paso atrás en el camino de llegar al institucionalismo. Lejos de disipar en pequeños movimientos la acción del pueblo, os correspondía, ¡oh, infelices víctimas de las pasiones exaltadas!, uniros para ganar la pronta paz, a cuyo sombraje sea posible reflexionar una vez más acerca del gran deber de América en el conjunto de pueblos del orbe. No tenéis derecho los argentinos, como no lo tienen los colombianos, ni los peruanos, ni los cubanos, ni los guatemaltecos, ni lo tenemos los venezolanos, a mantenernos en actitud de regresiva conducta pública, por donde se pierde la fuerza que pueda darnos derecho a voz completa en el concierto del mundo americano.

Bueno es llamar al hombre de Europa y al capital de fuera para que participen en el apro-

vechamiento de nuestras grandes posibilidades naturales y para que den valor humano a las inmensas superficies vacías; mas, capital y hombres forasteros necesitan hallar una unidad y un sentido que sirvan de signo a la futura jornada común. No son los advenedizos que se mueven en los muelles de Buenos Aires, de Valparaíso, de La Guayra, de Veracruz, de Panamá, de Cartagena o de La Habana lo que define a América. Nuestro ser, nuestra substancia de pueblo, nuestro destino de nación viene, como un viento de lejanía, desde los meandros del pasado. Los pueblos y los hombres no son la transitoria aventura del momento. Los hombres y los pueblos son Historia. “No somos —dice un fino asceta— como una calle sobre la cual cruza el interminable tráfico de los instantes. Somos mucho más semejantes a un tesoro, en el que cada instante, al despedirse, deposita lo que en él había de eterno.” Nuestra primera misión para ganar la resistencia de hoy es buscar y unir lo duradero que nos dejó el pasado. En América, ese pasado perdurable se concretó en el hombre que luchó por la libertad y por el decoro de una república, cuya divisa irrenunciable es el derecho de participar en el incesante

progreso del hombre libre que hace la cultura. ¿Será acaso expresión de cultura ese proceso tremendo de persecuciones y de muertes por donde se reviven los sistemas de la jungla? ¿Acaso habrá alguien que mire como testimonio de cultura levantar torres y edificios faraónicos, a cuya vera caminan hombres, ora de voluntad enflaquecida por el miedo, ora de sensibilidad netamente zoológica? ¿Serán expresión de progreso y celo humano los quirófanos donde hábiles doctores examinan el enredo milagroso del sistema nervioso, mientras fuera prospera una terrífica organización represiva, que destroza el funcionamiento de los hilos finísimos por donde se expanden y recogen las sensaciones comunes?...

Nuestra América, la América del criollo, del mestizo y del mulato que hicieron ayer la Independencia, la forman sus hombres y no los techos de las casas dentro de las cuales discurren sus vidas asustadas. Nuestra América no es la riqueza de su suelo y sus cosechas, sino la altivez creadora de sus ciudadanos. Nuestra América no es el grito destemplado e insolente del ensoberbecido capataz. Nuestra América, mirada a la luz de los valores argentinos, es la

constancia de la fina conciencia que en el maravilloso país de las pampas sudeñas se expresó por medio del discurso de Sarmiento, en la dignidad doctrinaria de Drago, en la robusta estética de Lugones, en el decir cargado de sentido popular de José Hernández, en el dulce mensaje evangélico de Fray Mamerto Esquiú y en la diligencia melíflua del mestizo beato Namuncurá, ambos hoy en camino de los altares católicos. Nuestra América no es el parcelamiento de naciones recelosas, sino la unión de pueblos que por su igualdad de origen —por su Dios, por su lengua y su sentido— se sienten en un plano semejante para la lucha creadora y que frente a sus vecinos de otra estirpe cultural han de saberse con derecho a una respetuosa inteligencia, que asegure la colaboración activa de sus fuerzas para la defensa eficaz de la cultura cristiana de Occidente.

Justamente cuando la conciencia pacífica de los ciudadanos de América ha sido herida por los crueles disparos que os dejaron sin vida, ¡oh, desafortunadas víctimas del invencible terror!, se anuncia que en el istmo panameño se reunirán los hombres que gobiernan nuestro Continente, y con el anuncio de su reunión se dice

que el fin principal de ella será tomar un nuevo acuerdo en el camino de defender de la amenaza comunista el destino cristiano de nuestros sufridos países. Loable y digno todo lo que se haga para guardar la integridad de nuestros valores tradicionales y para robustecer nuestro derecho a la libertad. ¿Pero los tiranos que concurrirán con el disfraz de Jefes de Estado estarán en condiciones de hacer algo a favor del tono cívico y de la respetuosa dignidad que sirvan de apoyo a las prácticas cristianas? ¿Pueden discernir sobre los medios de defender la libertad los mismos que se complacen en destruirla? ¿No será una nueva burla y un destrozamiento nuevo del pensamiento de Bolívar reunir en asamblea a los magistrados que obran y piensan en América de digno y respetuoso modo con los déspotas que se empeñan en arruinar el destino decoroso y libre de hombres y de pueblos? ¿Servirá a los tiranos la lección honesta de los repúblicos? ¿Puede esperarse contra toda esperanza que el autorizado Presidente de los poderosos Estados Unidos del Norte escoja el tablado estupendo de Panamá para declarar que al fin los políticos de su extraordinario país han llegado a reflexionar sobre los medios ló-

gicos de ganarse la auténtica colaboración de los pueblos iberoamericanos? ¿Dará acaso el Presidente Eisenhower prenda honorable a los pueblos del Continente burlado de que cesará la farsa de llamar sustentáculos del mundo libre a los burdos, crueles, engreídos déspotas que mantienen vigente el miedo entre las masas inermes y confusas que se mueven en las abatidas tierras de nuestro Continente?...

Esta larga y dura reflexión hace más angustiada la lucha que os llevó a perder la vida, ¡oh, infelices víctimas de la tragedia argentina! ¡Cuánto mejor hubiera sido para vosotros dedicar vuestras energías a la causa de sosegar al pueblo extraordinario de Martín Fierro, para emprender, una vez ganada la paz nueva, el camino que conduzca al debido e inteligente añudamiento de los intereses de nuestro mundo común! Tal vez no sea estéril vuestra muerte. Acaso sirva para que en tan desfigurado espejo tomen ejemplo los verdugos que azotan a los pueblos y rebajan el tono decoroso de nuestra política continental. Atroz, horrendo, espantoso sistema de hacer justicia, con cuya crueldad vosotros seguramente purgásteis en el límite que convierte en eternidad el tiempo pasajero, todo

lo que en vuestros espíritus pudo ser substancia de pecado. Vuestro dolor del último momento, indudablemente os ganó una ventana luminosa por donde pudo penetrar la gracia en vuestras almas temblorosas. Tras el disparo funesto, la paz eterna descendió misericordiosamente sobre vuestro antiguo dolor. También por vosotros, como por tantas víctimas de la incomprensión y de los odios de América, aparecerán lágrimas ardientes en el rostro celeste de Nuestra Señora de Luján, Patrona de vuestra Patria, como aparecen en la faz morena de la Virgen de Coromoto, Patrona de mi Patria, y como aparecen en el rostro iluminado y dulce de Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de toda la América. AMÉN.

Madrid, junio de 1956.

**RESPONSO A LOS ESTUDIANTES
DEL AVION INCENDIADO**

EN MEMORIA DE

Alvaro Domínguez
Milagros Huncal
Fernando Ramón Marimón
Alicia Pérez Rendiles
Guillermo Socorro Villasmil
Elsa Boccardo Stefani
Diego Fernando Blanco
Danae Tournon
Carmen Croes
Luis Alfredo Borjas
María Yolanda Alfonso
Guillermo Socorro
Ligia Terán
Mercedes Terán
María Cristina Ramos
Mercedes Teresita Alfonso
Pedro Raúl Castillo
Omaíra Freitas Marcano
Mireya Esperanza Castillo
Fernando Padrón
Nancy María Borges
Margarita Rosa Croes

† el 19 de junio de 1956.

SOBRE las aguas profundas del Atlántico y frente a la babilónica Nueva York, cayó convertido en trágico bólido el avión poderoso en que regresábais a la Patria, ¡oh, desafortunados estudiantes venezolanos! Con los otros compatriotas y con los demás infelices ocupantes de la nave sumábais setenta y cuatro personas. En el orden de las catástrofes ocurridas en los servicios regulares de pasajeros, ésta en que perdisteis vuestras vidas en flor fue considerada en el mundo como la más grande que registraban los anales de la aviación civil.

Estudiantes, también, y en grueso número, colmaban las naves que, en fechas ya un poco distantes, se estrellaron dentro del territorio nacional contra el funesto Cerro de las Pavas y contra las nieves mortales del Pico de los Torres. En todos los hogares de la Patria hubo luto entonces. En unos, por imperio de la sangre; en otros, por haber sido sentida como pro-

pia la desgracia ocurrida a quienes, como vosotros ahora, representaban una alegre promesa para una hora mejor de la República.

En medio de un infierno de llamas perdisteis la vida vosotros, ¡oh, desafortunados muchachos y muchachas en quienes apuntaba aún la luminosa pureza por donde se ganan los caminos del Cielo! ¡Con qué alegría tomaríais asiento en la nave destinada a llevaros en prontas horas a gozar el aire dulce y manso de la Patria! Habíais ganado buenos puntos en los exámenes de fin de año y llevábais vuestras notas como trofeo encumbrado para regalar con ellas la solicitud amorosa de los padres. Allá, en la tierra distante, estaban ellos soñando vuestro retorno inminente. Con la fresca mañana descendieron desde el Avila solemne hasta la playa tibia, donde debía de hacer su descenso la nave infortunada. En sus espíritus todo era alegría desbordada, y en sus labios ya iniciaba el despliegue explosivo la ancha sonrisa con que sería saludado vuestro arribo. Los lechos de vuestras alegres cámaras habían sido vestidos con sábanas, aún tibias, de nítida holanda. A la cabecera de las camas habían sido colocadas amorosas y policromas rosas. Con finísima pie-

dad vuestras madres —sin presentir que pronto se tornarían en angustiosos lacrimatorios— habían puesto el agua bendita en la graciosa pileta, sostenida por ángeles risueños, que en balde esperaron cubrir con sus alas protectoras vuestra dulce resiembra de sueños sobre la blanda almohada hogareña. Pasteles de subidos sabores aguardaban su fiesta de mieles y de esencias la hora de celebrar vuestro regreso. Hasta las jaulas, de sentido triste, mostraban mayor agitación de alas y más dulces gorgoritos, tal como si las avecillas prisioneras sintieran la onda entusiástica que invadía, como clara promesa de risa, aun los más silenciosos rincones de la casa.

Toda la fiesta, ¡oh, desventuradas criaturas!, dio un vuelco tremendo hacia la más espantosa tiniebla, cuando una voz crispada de horror anunció la espantosa tragedia. Nadie sabría explicarlo con palabras corrientes. Para pintar lo que debió de ocurrir en el espíritu de los seres amados que os estaban esperando, habría que pedir a los coros de la tragedia griega el refuerzo de sus voces tenebrosas y ululantes. En la mañana fría, las palabras debieron de reventar con el ímpetu de fuego de un simún funesto.

Las palabras, con el poder terrible que las alienta y les da sentido, se tornaron quemantes como las propias llamas que consumieron vuestras vidas promisorias. Fuego devorador destruía también en un momento horrible las torres festivas que en el espíritu de vuestros deudos había levantado la regocijante espera. Luego, ya no se oyó sino un sordo quejido que pasaba de seres a seres, como frase quejumbrosa que de la más baja cuerda de un violín pasase a la cuerda más baja del violoncello hasta ir a morir con igual tratamiento en el más grave bordón del contrabajo. Hora funesta, hora infeliz en que súbitamente el sol se ocultó tras el propio Oriente, cuando apenas acababa de derramar sobre las crestas de los altos montes el oro sonrosado de sus luces mañaneras. ¡Oh, dolor sin nombre de quienes supieron vuestra muerte horrible, mientras desplegaban los blancos pañuelos para adelantaros el saludo primicial! ¡Cuándo pensaron los pobres que los pañuelos de la alegre bienvenida se convertirían en mortajas vacías que inútilmente aguardaban a vuestros cuerpos amados para la piadosa sepultura imposible!

A la racha devastadora del fuego destructor de ilusiones sucedió en el alma estrujada de quienes en vano esperaron, una absorta inconsciencia que les hizo sentir hasta los huesos el pavor de la palabra muerte en su absoluta frialdad. La noción voraz del fuego que trajo la noticia desapareció totalmente, y en los espíritus aposentó el hielo total, que había hecho presa ya en vuestros cadáveres, por siempre perdidos en el profundo de las tenebrosas aguas oceánicas.

A poco, el duelo no fue sólo pesadumbre de vuestros agobiados deudos. Por todo lo ancho del territorio patrio y fuera de él, donde viven núcleos de gente venezolana, la noticia de vuestra muerte se extendió como tormenta atroz que azotara praderas de esperanzas. ¿Hasta cuándo un destino aciago se ceba sobre las mejores promesas de la Patria? ¿Por qué, Señor, tu justicia prueba nuestra vida de nación por medios tan acerbos? ¿Será un simbólico aviso esa muerte de los buenos en medio de las llamas provocadas por el exceso del poderoso carburante que produce, como delirio infernal, nuestra tierra infortunada? ¿Necesitáis, Señor, acaso, la ofrenda de estas delicadas vidas de muchachos y muchachas para que se reparen en el campo

de la responsabilidad colectiva los tremendos pecados con que diariamente sois ofendido por los grandes? ¿Es imaginable que en el orden corriente de la justicia compensativa se pida el sacrificio de las flores más nobles de la juventud para borrar los crímenes en que participan, ora por omisión, ora por indiferencia silenciosa y cómplice, todos quienes ven como algo sin trascendencia lo que a diario se hace contra la dignidad de los hermanos de gentilicio? ¿Hasta cuándo, mientras para el mal acrecen las garantías y suben las alabanzas, caen y perecen las mejores esperanzas de la familia venezolana?...

Vosotros, ¡oh, infortunados muchachos y muchachas!, conoceréis ya el secreto que rige el curso del humano destino. Tal vez, al mirar el dolor de los que permanecemos sobre el tinglado de la comedia humana, sintáis el júbilo de la libertad ganada al precio de la muerte. Acaso en el plano de una arcana teología salvífica, sobre el inmenso altar oceánico, la masa ígnea en que perdisteis la existencia, fuera como hostia propiciatoria ofrecida por la salud de todo nuestro pueblo. Esta esperanza alivia el dolor de quienes hemos llorado vuestra muerte como

pérdida que trasciende el ámbito doméstico hasta alcanzar dimensión de tragedia colectiva. Nos consuela pensar que el fracaso de vuestra juventud promisoría se convierta en feliz camino por donde se hagan realidad las esperanzas de quienes cada día aguardan que también salga el sol para los que sufren y lloran los hondos dolores de la Patria.

Númenes nuevos, espíritus tutelares, que dísteis, como el incienso, lo mejor de vosotros al ser quemados por las llamas que envolvieron, a guisa de sábana infernal, vuestra inocente agonía, se os puede invocar como eficaces mensajeros ante el Trono del Altísimo. Si la ordinaria virtud decae, si flaquean hasta la nulidad los hombres vivos, en cambio crece el número de almas privilegiadas que representarán a nuestra Patria en el Coro de los Bienaventurados. Será pobre y triste la categoría corriente de nuestros hombres, empero, estarán los Cielos poblados de almas sacrificadas al dolor por sus semejantes crueles, y por espíritus elevados a la categoría angélica en razón de un imprevisto sacrificio. Para compensar el pecado de quienes todo lo rinden al reclamo de los vicios, vosotros, ¡oh, infortunados muchachos y muchachas

de mi tierra!, os levantáis cual ángeles propicios para enseñorear en un nuevo territorio, donde la Patria implanta su derecho a la perennidad de una justicia y de un amor, por jamás amenazados. En esa Patria nueva —prometida a Abraham por premio de los justos— seréis como estrellas de miel y como lirios luminosos, en cuya invocación benéfica se recreará constantemente el alma abatida de vuestros padres sin ventura. Para vosotros ya todo es dulzura y paz y luz y gracia. AMÉN.

Madrid, julio 5 de 1956.

**RESPONSO A
GIOVANNI PAPINI**

A LA HORA de la muerte, ¡oh, extraordinario Giovanni Papini!, debió de estar Jesús a la cabecera de tu lecho, en espera de que tu alma se desasiera de los lazos que aún la mantenían unida a la tierra pecaminosa. Señor de buena paga, Cristo venía a retribuirte lo que tú hiciste por ganarle almas. Cristo venía a conducirte a las moradas de paz y de gloria porque tu espíritu, antes cargado de tormentosa duda, suspiraba con vehemencia de beduino en ardoroso desierto.

Jesús te ha pagado con creces tu valiosísimo esfuerzo por servir a los hombres extraviados. Ha pagado, también, Jesús por todos los que directamente recibimos favores de tus letras. Cuando tú descendías del encumbrado pedestal de tu incredulidad demoledora, regresaba, también, yo a la casa del Padre. Tú tenías bien ganada fama de filósofo y de consumado escritor. Yo era apenas un muchacho vacío y pre-

suntuoso, que imaginaba merecer con sólo negar sin argumentos la fe de mis mayores. Cobarde para arremeter contra el vicio circundante y contra mis propios vicios, creía que ganaba fama de valiente por medio del escándalo parroquial y por medio del irrespeto a las autoridades de la Iglesia. Me gustaba que me llamasen ateo y librepensador. Cobraba orgullo cuando en cualesquiera de las tribunas ofrecidas a mi petulancia juvenil prorrumplía en discursos enderezados a escandalizar a la gente común.

Como a niño malcriado, Dios me tomó de la oreja y me puso un día frente a mí mismo en la soledad acogedora de un templo. Me hizo sufrir y me obligó a arrodillarme. Me hizo padecer, y me obligó a llorar. Mas, pese a la claridad que suelen dar las lágrimas, me encontré entre tinieblas, frente a un Dios escondido, que era para mí un misterio numinoso y atrayente. Sabía de El apenas lo que declaró a Moisés, cuando de Sí mismo dijo: "Yo soy el que soy". De Cristo me quedaba una memoria nostálgica, entenebrecida por la lectura de Renán, de Strauss, de Nietzsche, de Rosadi, de Binet-Sanglé. Pero en mi corazón había burdos

carbones que para arder esperaban la llama propicia. El viejo y maravilloso Kempis me era ininteligible por la densidad de su doctrina. San Juan de la Cruz aparecíame como nube lejana, para cuyo alcance se me hacía necesario trepar los empinadísimos montes de la meditación y del examen. Santa Teresa me ofuscaba con la extraordinaria pedrería que adornaba sus Moradas. Insistiendo en buscar la fe a través de la literatura hallé las biografías corrientes de Jesús como temas más para ser leídos por gente instruida que por pródigos de regreso a la casa paterna.

Un día, ¡oh, maravilloso Giovanni Papini!, di con tu "Historia de Cristo". Devoré el libro y sentí en mí no ya la iluminación esplendorosa de la fe renacida, sino el calor extraordinario de la inmediatez de la humanidad del Señor. Teólogos, ascetas y escrituristas hacían de primera intención reparos a tu libro, sin pensar que "tu" Cristo era el Cristo callejero que esperaba la gente cansada por la experiencia demolidora y ascosa del positivismo. El hombre del siglo xx necesitaba oír hablar de Cristo en lenguaje cargado de realidad humana. No era con el estilo denso de los teólogos ni con las frases

tetánicas de los místicos como precisaba que hiciese su reaparición en el mundo de los descreídos el Cristo Salvador. El Cristo del siglo xx —idéntico al Cristo de la hora cero de la Redención— necesitaba hablar un lenguaje rotundo, directo, acerado, demoledor, como para hacerse oír de oídos tupidos de cerumen empozoñado por la voz venenosa de los evangelistas del Anticristo. El Cristo secreto de místicos y ascetas necesitaba también una túnica burda con que echarse a las calles de un mundo donde diariamente se simulaba su presencia por medio de Cristos fingidos y ornamentados con signos de una realéza irrespetada y vendida.

Tu libro adquirió la resonancia de un mensaje vibrante, que de nuevo echaba a los vientos la vieja y perdurable palabra del Crucificado. Tú escribiste “tu” Cristo no con pluma de asceta, ni con cálamo de teólogo, ni con puntos de místico, ni con estilo de escriturista. Tú escribiste con la misma vigorosa pluma antigua con que le habías negado y con que habías comenzado a externar en tu “Leonardo” tu enemiga contra el ponzoñoso positivismo. Te debatías entre los alcances del pragmatismo jamesiano y el iluminado intuicionismo de Bergson. Aún

la duda se oponía en tu camino hacia la luz. Erizada de paradojas, la vida te mantuvo algún tiempo más al borde abismático de la angustia, hasta que el estrago de la primera post-guerra te habló con mayor fuerza que todos los argumentos filosóficos por ti estirados y contorsionados en tu búsqueda desesperada de la razón de la vida. La mugre que rodeaba a la sociedad decadente te hizo ver, con mayor fuerza que las teorías, la necesidad de una limpieza desgarradora en el profundo de la conciencia humana.

Antes que entenderlo, palpaste a Cristo con las alas de tu corazón destrozado. Sentiste que la vida sin Cristo es un absurdo. Viste con mirada iluminada de luz de conciencia, que un mundo sin Cristo sería una aberración por donde sólo se explicaría el suicidio colectivo de las guerras y el fango permanente de los vicios. Sentístelo y luego lo entendiste. Ya en posesión de tu verdad, avisaste, como Andrés, la presencia de Cristo en medio de los pecadores y de los hambrientos que esperaban la gracia del perdón y el pan de la justicia.

El mensaje que dirigiste a tus hermanos de dolor y de angustias estaba lleno de los fulgo-

res violentos de tu vieja pluma combativa. No te limitaste a decir a los hombres la vía por donde suele aparecer el Señor. No te redujiste a recordar que bajo el cielo no ha sido dado a los hombres otro nombre para salvarse que el nombre de Jesús. Quisiste hacer obra verdaderamente eficaz y te diste a la maravillosa tarea de derrumbar las murallas que obstruyen los caminos de Cristo. Con entusiasmo febril de converso te entregaste a denunciar a los farsantes que se sirven de un Cristo vestido de almidonadas holandas para engañar a los hambrientos de misericordia y de justicia. Seguiste al Señor en todos sus pasos, y después que los acusadores de la adúltera dejaron caer de sus manos desgonzadas y frías por la vergüenza las piedras del castigo, tú las recogiste del suelo y las arrojaste contra los fariseos que envenenan las aguas puras de la religión. Cuando Jesús sosegó de su ira a las puertas del templo invadido por los mercaderes, tú levantaste el látigo con que había castigado a los traficantes que ensordecieron la oración de los humildes por el ruido de las pujas insolentes.

Tú, como Saulo, habías combatido con violencia a Cristo. También, como Saulo converso,

tú te trocaste en una fuerza de proyección extraordinaria. No buscó San Pablo a los circuncisos que esperaban al Mesías. Su campo era la paganía que nada sabía de la Promesa. "Tu" Cristo tampoco estaba dirigido a los que creían en el Señor y buscaban comunicar con El. "Tu" Cristo fue escrito fundamentalmente para tus hermanos de ignorancia, para las mentes dañadas por el racionalismo disolvente, para los que siguen traicionando y negando a Cristo en nombre de la engreída ciencia y en nombre, también, de las propias ideas cristianas puestas al servicio del Demonio.

¡Qué no te debe el mundo cristiano! ¡Qué no te debemos quienes nos atrevimos en hora menguada a negar la divinidad del Señor! Con tu poderosa palabra, con tus fulgurantes metáforas, con tus paradojas audaces, nos pusiste frente a frente con la radiante y realísima humanidad de Cristo; nos hiciste comprender que el Verbo se había hecho nuestro hermano de carne y sufrimientos; nos hiciste sentir cómo es un mero problema de voluntad encontrar el camino que nos pone en comunicación con el Cristo eterno que vino a salvarnos, así persistiesen voces, como la de Santayana, en el empeño de soste-

ner que el mundo no quiere salvarse. Tú viste, en realidad, cómo el mundo sí busca la salvación, pese a su erradiza conducta. Para ayudarle en su angustiada búsqueda, le presentaste una visión realista, contundente, eficacísima de lo que es el mensaje de Cristo.

Maestro de fe entre los incrédulos y perezosos, proseguiste tus enseñanzas con verdadero celo de apóstol. ¡Cuántos libros no escribiste para avivar el sentimiento de los hombres hacia los grandes temas de la santidad y la salvación! Anhelante de dar forma didáctica a tu palabra, te metiste entre las imposibles vestiduras del supuesto Papa Celestino VI, e inventando un mundo semejante al tormentoso mundo de que formamos parte, “lanzaste al viento —en tono de Pontífice— las palabras de tu gran corazón, como rayos de luz destinados a penetrar en todos los corazones”. Valido de la más fina, piadosa y elegante superchería, diste a tu palabra resonancia y ámbito de magisterio ecuménico, porque más sirviese para ablandar la férrea dureza de sacerdotes, de monjes, de frailes, de teólogos, de ricos, de pobres, de regidores de pueblos, de ciudadanos y súbditos, de mujeres

y de poetas, negados a ajustar su conducta a las suaves enseñanzas de la Iglesia.

Tu deseo de bien fue aún más lejos, ¡oh, maravilloso Giovanni Papini!, y quisiste acabar con la eternidad del Infierno. Creíste que la Suma Bondad no se compadece con el castigo sin fin, e imaginaste la posibilidad de que Satán vuelva a la categoría del caído Luzbel. Tu bondad te hizo errar. Para quienes vemos en la Historia un sentido profético sobre las leyes tornadizas de la causalidad social, el Infierno es el verdadero complemento de la justicia, y sin justicia no hay orden, ni libertad, ni bondad, ni amor. Cuando en tu afán de generosidad llegaste a pensar que un “Dios verdaderamente Padre no puede torturar eternamente”, no andabas solo en tus razonamientos. Muchos teólogos y muchos poetas habían pensado antes que tú en la posibilidad de la salvación de Satán. Con negar el Infierno en su perdurabilidad espantosa negaste la libertad del hombre. No es Dios quien crea la pena. La pena la arrastra fatalmente el acto libre del hombre. Pecado, crimen y castigo reclaman en el balance cósmico su concatenada presencia frente al premio y al amor. ¿Cómo se explicaría el orden de la injusta justicia de

los hombres si no es por el complemento de las penas eternas? Ante los horrores que viste en las espantosas guerras y en las postguerras atroces que nos ha sido obligado vivir, ¿no te sentiste movido a tomar sus pésimos efectos como escolio práctico de la prueba teológica de la eternidad del Infierno? ¿Pueden ganar perdón acaso los sádicos e impenitentes verdugos que libremente han puesto en crispática tensión aun el alma tierna, inocente, abismada de niños cuyo sueño fue metódicamente desvelado por las linternas sordas de quienes perseguían a sus padres por el delito de amar la libertad? ¿Son perdonables los soberbios, engreídos, fríos, inaccesibles capataces, que en un momento de locura se consideran dueños y señores de la suerte de sus semejantes? ¿Tendrá, acaso, duración el fuego que pueda purificar a Nerón, a Calígula, a Gengis Kan, a Tamerlán, a Iván el Terrible, a Hitler, a Stalin, por citar apenas los mayores, hasta ponerlos en tono de pureza que les autorice sitio en el coro donde se hacen uno con la Visión Beatífica de San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, Santo Tomás de Aquino, San Vicente de Paúl, San Felipe

Neri, San Juan de la Cruz, Santa Terèsa de Jesús?...

Pecaste por carta de más, ¡oh, extraordinario Giovanni Papini!, y quisiste que el amor aboliese la justicia. Lástima que los hombres todos no pecásemos por ese extremo generoso. Olvidaste que, lejos de negar la eternidad de su castigo, necesitamos recordar la constante participación de Satanás en el orden del mundo. Tal vez, más que olvido lo que pesa sobre nuestra cultura deplorable es la aceptación de la parte del Diabolo como algo natural y corriente. Hemos dado carta de licitud a lo demoníaco como principalísimo ingrediente de la inteligencia y del arte, por donde se ha vestido de dignidad el crimen y se ha justificado el pecado que sirve de soporte a los corrompidos cuadros del mundo presente.

Pero tu pecado fue pecado de generosidad y de hipérbole amatoria. Muchos vieron en tu "Diavolo" una travesura de erudito, más que un empeño formal de enmendar a los teólogos y de negar el Dogma. Tu obra madre, ¡oh, extraordinario Giovanni Papini!, fue "tu" Cristo.

En medio de la noche apretada de los extraviados, tu libro fue una promesa de albergue y de camino. Buenas luces había en las casas de quienes gozaban la virtud y la gracia de la fe. Maravillosas lámparas, cuajadas de vívidas candelas, mantenían la claridad en las moradas de los hijos del privilegio; en cambio, eran los que transitaban las tinieblas quienes en verdad tenían urgencia de luminarias. Para los necesitados de luz escribiste tu libro portentoso; para los perdidos entre las densas sombras, prendiste como seguro de esperanza y certeza de camino el verde fanal de tu luz penetrante. Era necesario que en el mundo resonase el nombre de Cristo en una voz que hubiera blasfemado, en una voz que hubiera escandalizado, en una voz que hubiera negado, en una voz que así tuviese fuerza persuasiva entre los encandalizadores, entre los blasfemos, entre los negadores.

Para convencer a los hampones, siempre tendrá mayor persuasión quien hable el caló que disfraza los secretos de la consigna certera, que el encumbrado moralista de pulido lenguaje. También, en el orden de la gracia, los que reniegan de Cristo son como pícaros emboscados en tortuosos caminos, a quienes más fácilmente con-

vencen los dueños de las palabras del secreto sesámico. No cualquiera, sino una robusta voz experta en los misterios de la magia negadora, era la llamada a dar el alerta del retorno a los caminos de la luz. Esa voz fue tu voz. Entre tus antiguos correligionarios la echaste a rodar con la responsabilidad de quien, como tú, al desertar las filas de los contrabandistas de la verdad, te sentiste obligado a salvar a quienes se habían hundido en la negación de la luz.

Hoy, ¡oh, extraordinario Giovanni Papini!, aquel a quien serviste te ha pagado con creces tus servicios. Luz y amor colman ya tu visión y llenan con sus reflejos el hondón de tu espíritu. Has alcanzado lo que anhelabas contemplar. Has bebido el vino eterno de que deseabas embriagarte. Estás con Cristo, con “tu” Cristo, con el Cristo único y múltiple, que sirve de camino, de fin y de sosiego a nuestro anhelo de paz. Con el poder de tus méritos, intercede, ¡oh, generoso Giovanni Papini!, por los infelices que no creen en Cristo! AMÉN.

Madrid, julio de 1956.

**PALABRAS PARA CONSOLAR
A UN COBARDE**

*Tendrás hijos desgraciados o cobardes.
Prefiérelos desgraciados.*

(LEOPARDI, en el álbum epitalámico de su hermana).

HE SABIDO por labios de quienes bien te quieren todo lo que sufres en el silencio de ti mismo, por saber que tus viejos amigos suelen darte el mote de cobarde. Es explicable tu pena. También es digno de aprecio el celo que pones en la defensa de tu honra social. El pueblo, siempre sabio, tiene un concepto comprensivo y piadoso del miedo. Cuando dice que el miedo es libre, da a entender que arranca de un movimiento incontrolable del ánimo. Un examen práctico del miedo, así no se intente bordear los límites ontológicos de la angustia kierkegaardiana, nos conduce al campo de los reflejos sin dominio. El miedo linda con el instinto. El miedo está firmemente implantado en las capas inferiores del subconsciente.

El miedo es inconsciente. El valor es reflexivo. Si tú hablastes íntimamente con hombres que lucen categoría de valientes, sabrías que el acto de donde arranca su buena fama constituyó para

ellos una lucha tremenda contra la flaqueza instintiva que indicábales el prudente escurrimiento de la responsabilidad.

Tal vez una de las fuerzas más poderosas contra las cuales ha luchado el hombre sea el instinto del miedo. Se dice que la civilización arranca de la hora prometeica en que el hombre sacó fuego del choque de dos piedras. Hasta ese momento el hombre primitivo temió de modo pavoroso al fuego que del cielo bajaba en forma ofuscante de centella. Cuando el hombre primitivo se sintió dueño del fuego, comenzó a sosegar de su miedo espantoso a las fieras y a los fenómenos de la naturaleza. Supo entonces que, rodeado de fuego, podía defenderse de los animales feroces. Su circunstancia, cargada antes de pavor, se fue llenando de confianza. Supo, también, que el fuego que baja de los cielos, es fuego semejante al que podía sacar de las piedras. Una intuición remota le llevó seguramente a pensar en un futuro dominio del fuego misterioso de las nubes.

En el orden de los valores puede decirse que el miedo es una reacción de respuesta ante la inminencia de un peligro. El papel fundamental

de la mente consiste en despejar el campo de la inmediata peligrosidad y enfrentarle la noción del deber. Cuando la iluminación del espíritu llega a desterrar el temblor del miedo, para robustecer, en cambio, el área del deber, entonces el miedo puede llegar a ser un factor útil. Cuando los ingleses después de Dunkerque temblaban ante la idea de una invasión nazi de las Islas, Bernard Shaw dijo que los alemanes ignoraban lo que es un inglés con miedo. Un inglés con miedo era para el grande escritor un inglés puesto en actitud suicida frente a su propio deber de hombre y de patriota. Un inglés con miedo, según la frase de Shaw, es la realidad de un hombre desnudo ante su responsable conciencia. (En tu caso, no precisa examinar el miedo metafísico, que engendra la angustia y la locura).

Posiblemente tú, ¡oh, sufrido y tímido amigo!, no has pensado en el deber de dar rostro a tu propio miedo, cuando se trata de salvar valores que están sobre la fácil concupiscencia. En un momento has pensado preferentemente en el goce que sería puesto en riesgo por el acto de valor. Tú te has quedado en la zona del temor prudente, por donde aseguras tranquilidad y

beneficios. Tu moral se parece a esa espuma blanquecina que se mueve sobre las charcas donde croan sapos y ranas. Es moral de quietud conformista, dispuesta a sacrificarlo todo ante la amenaza de que pueda ser interrumpido el disfrute, humilladamente asegurado, de tu feliz pasar. Pero, como no te falta luz en la inteligencia, comprendes que tu excesiva prudencia te ha llevado al cobarde incumplimiento de elementales deberes con otros y contigo mismo. Sabes que procedes mal, pero desearías, también, poder silenciar las voces que te empujan a la permanente claudicación. Comprendes que tu conducta te muestra como hombre de voluntad decrepita, seguidor sumiso de una fácil ética de resultados; mas, entiendes, a la vez, que tu conducta te aleja del territorio valioso donde desearías colocarte. En fin, sabes que procedes de manera incorrecta, pero careces de voluntad para enmendar los entuertos hacia donde te conducen diariamente la cobardía y el ansia de holgar a cualquier precio.

Eres cobarde. Tienes miedo. No posees el ánimo suficiente para vencer tu debilidad instintiva, así busques sofismas y alambicados razonamientos para explicar tu conducta atroz frente

a tus compañeros de ayer. Tal vez sepas que Burke escribió a Lord Loughborough, cómo el miedo es el más ignorante, el más injusto y el más cruel de los consejeros. Sin embargo, escuchas los provechosos y cómodos consejos por donde ganas mercedes y favores a costa de tu dignidad de hombre.

Pero, ¡oh, infeliz amigo de voluntad caediza!, no eres tú el único cobarde que anda por el mundo. El miedo tiene una jerarquía sorprendente en el orden de la Historia. Los Santos —esos maravillosos gladiadores en la búsqueda de Dios— han tenido miedo y ¡qué miedo! San Pedro, nada menos que San Pedro, sintió pánico ante la voz de una mujerzuela que le preguntaba si era él también discípulo de Cristo. Y Pedro, el de la entusiasta industria para hacer tiendas en el Monte Tabor, cuando vio al Señor transfigurado, Pedro, el llamado a ser piedra fundamental de la Iglesia, tembló de pavor y negó a Cristo. Grave caída, espantosa miseria la del apóstol mayor. Sin embargo, Pedro lloró su debilidad y las lágrimas hicieron recia su voluntad hasta llevarlo a morir clavado, cabeza abajo, sobre el madero de una cruz, como el Maestro a quien había negado en la

noche infeliz del miedo invencible. En los misterios del Cristianismo, esta cobardía de Pedro funciona con un sentido de profundo consuelo para la debilidad humana. A todos puede ocurrirnos una hora sombría y terrible como la hora en que Pedro negó al Señor. En la economía valorativa de la salvación, nada importa la caída, así esté doblemente ratificada como la negación del Apóstol. Para completar la formación moral de Pedro, Jesús lo sometió a la prueba tremenda de vivir y dominar el miedo. Quiso el Maestro hacer pasar al discípulo destinado a ser piedra angular de la Iglesia, por la misma prueba espantosa que en el Huerto de los Olivos le había hecho dirigir al Padre una súplica angustiada por que lo librase de la agonía que le esperaba como hombre. Sí, ¡oh, amigo de voluntad decrepita!, también Jesús en su naturaleza humana sintió miedo al dolor y a la muerte. Bajo la sombra de los olivos sagrados, el Maestro nos enseñó a vivir el miedo y nos enseñó a superarlo, por medio del absoluto sometimiento al deber. Se humilló el Verbo hasta tomar nuestra carne, para enseñarnos a imponer silencio a las voces altaneras y

cobardes que pretenden mantenernos hundidos en la mugre.

El miedo es debilidad humana, flaqueza instintiva, que nos llena de dolor. Justamente por existir el miedo, es valiosa la virtud contraria. Nada valdría la castidad si no hubiese el reclamo de la lujuria; ningún precio tendría la templanza si no fuera por el llamado de la gula. El valiente es valiente porque domina los reclamos del miedo. Quizá tú, ¡oh, amigo de ánimo enflaquecido y cómodo!, no has pensado en el tremendo proceso del miedo. Tu debilidad te ha mantenido en la zona fría y temblorosa del temor, sin que hayas puesto nunca esfuerzo alguno por dominar las vías mezquinas que te impiden ver cuánto ganarías si descargaras tu espíritu de la nube que se levanta desde los sótanos sombríos de tu conciencia enclenque.

No te faltan luces para medir la peripecia de tu voluntad raquítica. Bien sabes que con una sola palabra que te dijeras a ti mismo, podrías saltar la barda que divide tu predio de bellotas doradas, del predio, hoy espinoso, de quienes gozan de mejor sitio que tú en la apreciativa ética de lo que es permanente en el orden de la

república. Tú tienes miedo y te avergüenzas de que tus amigos te motejen de cobardía. ¿Aspiras acaso a que se te rindan parias por tu conducta huidiza, acomodaticia y desleal? A tanto no puedes aspirar; empero, si piensas en hombres mayores que tuvieron miedo, puedes ganar consuelo y esperanza. Más grave que el tuyo fue el caso de San Pedro. Simón negó a Cristo por miedo. Si lo tuvo Pedro, ¿por qué no puedes tenerlo también tú? Si el primero de los apóstoles traicionó al Señor, ¿por qué no puedes tú negar a tus amigos? La falta tuya es infinitamente menor que el miedo que azotó la conciencia de Pedro ante la mujerzuela preguntona de la madrugada del Viernes Santo. Pero el miedo de Pedro se tornó en ímpetu poderoso de apostolado y la debilidad humana de Jesús quedó de testimonio para mostrar la integridad de la naturaleza histórica del Crucificado. El miedo del Señor y el miedo de San Pedro son pruebas elocuentísimas de la debilidad del hombre. Porque hubiese buen espejo para juzgar la conducta de los hombres flacos y hubiese, a la vez, en ellos confianza para levantarse, en el plan salvífico del Cristianismo se dieron estos ejemplos desesperados y contradictorios.

No has tenido gracia suficiente para compensar la flaqueza de tu ánimo. Tal vez el tuyo sea solamente miedo al riesgo de ver alterada la paz de tu vida corriente. En ti, posiblemente, a este temor abundoso, se agregue el miedo de cerrar posibilidades a lo que tú crees un brillante porvenir público. Otros, más despreocupados que tú, dan a la carencia de actos nobles el calificativo de listeza y de visión para el provecho de la hora. Esto, en realidad, cae en otra zona de contravalores. Esto ya no es miedo sino inmoralidad y desvergüenza. El caso tuyo se presenta como de miedo absoluto. Como de ruptura total de toda resistencia capaz de impedir el temblor y el pavor de imaginarte perseguido. Estás justamente en el momento en que Pedro exclamaba: "No conozco a ese hombre que decís". Momento infeliz, momento horrible, que para dicha del apóstol fue iluminado en seguida por una larga, luminosa, tierna mirada de Cristo...

Para ti, ¡oh, amigo de flaco ánimo!, se ha alargado descomunadamente el mero instante de la negación. El miedo te ha hecho olvidar todo. El miedo es señor y dueño de tus actos. Pero tienes, como ves, hermanos mayores en la tragedia

del miedo. El recuerdo de Pedro puede servirte de alivio en tu inquietud y en tu vergüenza de saberte llamado cobarde. Pero, también, como Pedro debes hacer siquiera un ligero esfuerzo hasta hallar la luz de los ojos del Maestro. Verías cómo es fácil entonces dominar el miedo. En realidad, no estás en tinieblas. Son muchos los que pueden darte la luz que Pedro sólo pudo encontrar en la mirada compasiva, dulce, serena del Señor. El caso suyo era de salvación eterna; el tuyo es un caso corriente de salvación histórica. ¡Atrévete y verás!...

Madrid y agosto de 1956.

INDICE

1. Introduzione	1
2. La storia della lingua italiana	15
3. La grammatica italiana	35
4. La sintassi italiana	55
5. La morfologia italiana	75
6. La fonetica italiana	95
7. La lessicologia italiana	115
8. La stilistica italiana	135
9. La critica letteraria italiana	155
10. La cultura italiana	175
11. La lingua italiana e la cultura	195
12. La lingua italiana e la società	215
13. La lingua italiana e la politica	235
14. La lingua italiana e la religione	255
15. La lingua italiana e la scienza	275
16. La lingua italiana e l'arte	295
17. La lingua italiana e la musica	315
18. La lingua italiana e il cinema	335
19. La lingua italiana e il teatro	355
20. La lingua italiana e la televisione	375
21. La lingua italiana e il giornalismo	395
22. La lingua italiana e il web	415
23. La lingua italiana e il futuro	435

Mario Briceño-Iragorry, escritor-maestro, por	
Pedro Pablo Barnola, S. J.....	7
Dos responsos a Emmet Till	29
Llanto en la muerte de un muchacho negro .	31
Segundo responso a Emmet Till	41
Responso al niño de Hiroshima	49
Responso con luces para Don Gnocchi	59
Palabras para aliviar a Víctor Riesel	73
Responso al Juez desesperado	85
Responso al General José Moscardó	97
Responso al elector de voluntad de hierro	109
Responso a 4 víctimas del odio en Chipre	125
Responso a las víctimas de la tragedia argentina.	139
Responso a los estudiantes del avión incendiado.	161
Responso a Giovanni Papini	173
Palabras para consolar a un cobarde	189

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL DIA 10 DE ABRIL
DEL AÑO MIL NOVECIENTOS
SESENTA Y NUEVE, EN LAS
PRENSAS VENEZOLANAS DE
EDITORIAL ARTE, EN LA
CIUDAD DE CARACAS

